



©Armando Bartra, Arhely Cuesta Briones, Débora Eunice Díaz García, Jesús Galván Santiago, José Jesús García Cruz, Gloria Zoralla Hernández Londoño, Jorge Raúl Mendoza Navarro, Cecilia Silva Nava García y Rebeca Araceli Reyna Aguirre.

Editado en el año 2021, México.

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com/libros](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com/libros)**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.  
Diagramación y portada: Daniela Campero.

Ésta es una publicación del Instituto de Formación Política Morena Veracruz y Para Leer en Libertad, en el marco del primer concurso de crónica “La esperanza camina. Crónicas de la Cuarta Transformación en Veracruz.

**LA ESPERANZA CAMINA**  
CRÓNICAS DE LA CUARTA TRANSFORMACIÓN  
EN VERACRUZ



## PRESENTACIÓN

Nada más humano que contar historias. Contando historias aprendemos de la realidad y le damos sentido; contando historias nos conocemos unos a otros y nos organizamos; contando historias cambiamos el mundo.

Las crónicas reunidas en este volumen son historias verdaderas en el nivel más profundo, veraces en los datos y sinceras en su estilo; historias de lucha, de aprendizaje y de organización. Sus autoras y autores, militantes por la democracia de distintas edades y experiencias, nos cuentan cómo eran, cómo cambiaron, cómo evolucionó su consciencia social y cómo llegaron a ser quienes son. Leerlas es conversar con ellos y con ellas de igual a igual, oír sus voces, sus giros personales, sus acentos.

En estas crónicas se cifra la historia reciente del país, una historia generosa y sencilla en su diversidad, como el pueblo que la protagoniza.



## PRÓLOGO

**A**rrieros somos y en el camino nos encontramos. Ante la dificultad que supone mantener el camino de lucha, una vez atemperados los ánimos del primero de julio de 2018, ya con un gobierno federal y estatal en marcha y empujando la Cuarta Transformación, desde el Instituto de Formación Política de Morena nos hemos preguntado, ¿por dónde seguir?, y la respuesta ha sido: por el comienzo.

Esta situación de desmovilización natural de las bases del movimiento obradorista, que mucho se mantiene en la contemplación de un triunfo tan avasallador que nadie se esperaba, con un líder de movimiento avocado a los asuntos de Estado, una estructura partidaria que sufrió una desbandada y la férrea lucha por las dirigencias y las jugosas candidaturas del 2021. Para colmo, la pandemia por coronavirus ha limitado el poder salir a las calles, sitio del que libamos la energía de nuestra lucha, nos ha reducido la naturaleza

gregaria de la organización política a un teclado y a una cámara de computadora.

En este contexto general, y en seguimiento al proceso formativo de militantes y simpatizantes desde el Instituto de Formación Política de Veracruz, que en 2019 logró arrancar con un curso de formador de formadores y un número importante de círculos de estudio funcionando, en 2020 un segundo encuentro, así también organizó una serie de actividades pensadas en el análisis y la movilización de la base obradorista en medio de la pandemia. Durante los primeros meses de 2020, por medio de conversatorios y debates, y, posteriormente, con el análisis de aquellos motivos que nos llevaron a movilizarnos en un primer lugar, o que marcaron significativamente nuestra militancia.

Este primer momento logró un espacio formativo que permitiría mantener un debate oral, informado y argumentado, de la coyuntura que, ante la vorágine de la transformación y la realidad pandémica, muchas veces no nos da tiempo de desentrañar.

El segundo momento permitió revivir eso que nos había encaminado a encontrarnos en el camino, entre nosotras y nosotros, con otras y otros con mayor kilometraje en la lucha social,

de encuentros y desencuentros con nuestras familias, con los desencantados, con todos y todas las que cargamos a costas 30 años de neoliberalismo depredador.

El reto suponía hacer este análisis, revivir estas experiencias y, con ello, pasar al lenguaje escrito y producir una crónica. Para ello, se emitió una convocatoria pública para un concurso de crónicas que narraran la experiencia de quienes viven, militan o son originarios y originarias de Veracruz. De manera paralela a esta convocatoria, se ofreció, a quienes conforman el instituto de Formación Política de Morena en Veracruz y la Red Estatal de Círculos de Estudio, un taller de cuatro sesiones sobre el género crónica, desde una postura militante y experiencial, más que teórica o académica, en el que participaron algunas y algunos de los autores de las crónicas que aparecen en este libro.

Como gran padrino de esta antología, contamos con un relato del maestro Armando Bartra, en el mismo tenor, abanderando así este ejercicio de recuperación de la historia del movimiento que conforma la 4T.



## TRAS LOS PASOS DE LÓPEZ

ARMANDO BARTRA

*Armando me llamó "pata de perro"  
en alusión a mis recorridos por todo el país.  
A manera de desquite fraterno, puedo decir  
que es un mirón profesional.*

Andrés Manuel López Obrador.  
Prólogo a *La utopía posible*, de Armando Bartra.

### **Andariego**

Según el *Repertorio de voces populares en México*, se le dice "pata de perro" al "andariego que recorre largas distancias". Y efectivamente así llamé a Andrés Manuel en una plática que tuvimos en el avión a Oaxaca, donde él presentaría su libro *Un proyecto alternativo de nación*. Y eso que entonces Andrés Manuel apenas empezaba a caminar.

Fracasado el torpe intento del presidente Vicente Fox de sacar de la jugada política al jefe de gobierno del Distrito Federal mediante un improcedente desafuero que le impidiera ser el candidato de las izquierdas en la elección presidencial de 2006, Andrés Manuel se tomó unos

días de descanso y el 11 de agosto de 2004 inició sus giras de fin de semana por toda la República.

Desde entonces ha ido cuando menos tres veces a cada uno de los 2 467 municipios, incluidos los 570 de Oaxaca. Y ahora que vive en Palacio Nacional sigue haciendo recorridos todos los fines de semana. No cabe duda, nuestro presidente es “pata de perro”. Y eso es muy bueno, pues caminar una y otra vez el país a ras de tierra le permite tentarle el agua a los camotes; medir la temperatura social y saber de primera mano dónde les aprieta el zapato a las mexicanas y los mexicanos.

A algunos no les gusta tanto viaje, les parece que es como si anduviera en perpetua campaña electoral. Pero yo me pregunto ¿cuántas veces hay que recorrer el país para entenderlo? No les pidan opinión a los entendedores de escritorio, porque no tienen ni idea.

\*

Que soy un mirón profesional, como dice Andrés Manuel, tampoco lo niego. Desde muy joven traté de participar activamente en las acciones colectivas que me parecieron justas. Pero más allá del compromiso, debo reconocer que me gusta presenciar de bulto los acontecimientos impor-

tantes; que me gusta estar ahí cuando ocurren las cosas que hacen historia.

De las que tienen que ver con Andrés Manuel, diré que estaba en el Zócalo el 14 de marzo de 2004, cuando leyó los veinte puntos de su proyecto alternativo de nación; que participé en la descomunal marcha del silencio del 24 de abril, compartiendo mi coraje con un millón doscientos mil mexicanas y mexicanos; que recorrí varias veces el megaplantón de 2006; que tiré rollos de historia a los chavos del #Yosoy132 en la acampada que tenían bajo el Monumento a la Revolución; que atestigüé con miles de campesinos las dos veces que Andrés Manuel se comprometió con el Plan de Ayala del siglo XXI, la primera durante la campaña de 2012 en Torreón, Coahuila, y la segunda durante la campaña de 2018 en Jerez, Zacatecas... y así. No cabe duda, soy un mirón.

Pero la experiencia más trascendente, el acontecimiento histórico que no podía dejar de presenciar fue la celebración del triunfo la noche del primero de julio de 2018 en el centro de la capital. Dejen que les cuente.

### **El triunfo de la esperanza**

Casi me lo pierdo. Verán: vivo muy al sur de la ciudad y no tengo coche, pero conforme anoche-

cía, se daban a conocer las encuestas de salida y se confirmaba lo que todos esperábamos: que Andrés Manuel ganaba la elección por *knockout*, iban creciendo mis ganas de celebrar. Y no se me antojaba una fiesta de buró.

Pero ¿cómo llegar al Zócalo? Por fortuna unas amigas que viven en la Roma y tienen coche me llamaron por teléfono y me dijeron que les cayera en su casa y nos íbamos juntos al Centro. De modo que pedí un Uber.

El dueño del carro venía escuchando la radio y en el camino supimos que Meade admitía su derrota y minutos después lo hacía Anaya. “Este arroz ya se coció. Sólo hace falta que lo anuncie Lorenzo Córdoba”, comentó el del Uber. “Que lo informe oficialmente el IFE y que además lo reconozca el presidente”, dije yo, siempre desconfiado. El video del Instituto anunciando que Andrés Manuel tenía más del 53% de los votos salió tres horas después y, casi al mismo tiempo, Peña Nieto reconoció lo que era inocultable. Pero para entonces ya todos estábamos en el Zócalo.

Y si los chilangos nos congregábamos en nuestra plaza mayor, en todo el país treinta millones de mexicanas y mexicanos celebraban en calles y plazas el triunfo de la esperanza. Porque

costó trabajo hacerla triunfar. En 1988 los que ya no nos cocemos al primer hervor vimos impotentes cómo le arrebataban la elección a Cuauhtémoc Cárdenas; en 2006, cuando nuestro candidato ya era Andrés Manuel, nos volvieron a hacer de chivo los tamales; y en 2012 de plano compraron los votos. Pero en 2018 no pudieron vernos la cara. Y era cosa de celebrar. La noche del primero de julio México era una fiesta, un reventón, una quermés, un carnaval.

Nosotros llegamos con el coche hasta la Alameda y mientras una de mis amigas buscaba dónde estacionarse, las otras dos y yo cruzamos el Eje Central para encaminarnos al Zócalo por Madero. Riadas de gente marchaban en romería por la vieja calle de Plateros. No era como en las manifestaciones de protesta; esta vez nadie tenía prisa y nadie gritaba consignas airadas, sólo reíamos, nos abrazábamos, hacíamos sonar trompetitas de plástico, agitábamos banderas mexicanas, exhibíamos retratos del Peje... ¡Sí se pudo! ¡Sí se pudo! ¡Sí se pudo!

Éramos las morenas y morenos de siempre. Aunque quizá porque ya era tarde y pronto no habría Metro, no se veían tantas familias modestas con niños, como en las asambleas informativas que se hacen por las mañanas y también

son un paseo. En cambio, había harto hípster, como si de pronto la Condesa se hubiera vuelto obradorista. ¿Será?

A la altura del pasaje del Sanborns vi venir en sentido contrario a un hombre mayor que se me hizo conocido. Alto, canoso, de barba, con un libro en la mano... un típico intelectual de izquierda. Podía ser yo... pero no era yo. Caminamos el uno hacia el otro y cuando estuvimos más cerca vi que era Humberto Musacchio... y que lloraba. Sólo entonces me di cuenta de que yo también estaba llorando. Nos abrazamos. "Nos tocó verlo, hermano. Nos tocó verlo", dijo él o dije yo. Y seguimos caminando, yo rumbo al Zócalo y él rumbo a la Alameda.

Al pasar frente al Museo del Estanquillo me agüitó la ausencia de Carlos Monsiváis. *Monsi* hubiera disfrutado mucho el aquelarre ciudadano del primero de julio. Pero se lo perdió. Quién le manda morir. Trataba de acordarme de lo que Carlos y Sergio Pitol dijeron al alimón en uno de los mítines de 2006, cuando una chavita detuvo mi paso, se me paró en frente y muy seria me dijo: "Gracias, maestro". "¿Gracias por qué o de qué?", reviré sorprendido. "Gracias, porque ustedes lucharon mucho para que llegara este día." La chava me dio un beso en la me-

jilla y se fue... “¿La conoces?”, preguntaron mis amigas. “No”, les contesté.

¿De veras luchamos mucho? De pronto se me borró la multicolor algarabía de Madero y en blanco y negro, como en las viejas películas, me vi en esa misma calle escapando a la carrera y entre zapatos, portafolios y bolsas abandonados, de una furibunda carga de granaderos que esgrimían porras y lanzaban gases lacrimógenos. Eran los primeros sesenta, cuando Bahía Cochinos, y yo corría bien, de modo que escapé de la madriza. Pero sí, luchamos bastante.

Esa noche el Zócalo era un Aleph: condensación de esperanzas pospuestas, de asaltos al cielo frenados a mitad del camino; lugar de congregación de todos los que una y otra vez llegamos ahí con nuestros sueños en el morral y por fin celebrábamos la victoria. Era como estar en trance. Por esos días yo había puesto punto final a un libro medio filosófico que se llama precisamente *Experiencias desnudas*, y en medio del jolgorio me dije: “No te la jalaste, cabrón. Aquí tienes una experiencia en pelotas. Y de las gordas”.

Éxtasis societario, epifanía, pasón... la fiesta del triunfo devino multitudinaria vivencia desnuda; experiencia bronca y *a raíz*, de esas que traspasan los filtros conceptuales, valorativos y

emocionales que en tiempos normales planchan los acontecimientos volviéndolos simples sucedidos. Pero esos no eran tiempos normales sino excepcionales; tiempos en que en un presente perfecto se apelotonan el pasado y el futuro, lo que fue y lo que será, la memoria histórica y los sueños guajiros. Desde ahora sabemos que, pase lo que pase, el primero de julio de 2018 es parteaguas, señala un antes y un después.

En el Zócalo repleto, un mariachi de blanco tocaba en el estrado y todos nos las sabíamos: “¡Ay, ay, ay, ay... canta y no llores. Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazooones!” Hasta que por fin llegó Andrés Manuel y fue la catarsis. No recuerdo bien qué dijo esa vez. Pero en realidad no importa. Lo qué importa es que el de la noche del primero de julio y la madrugada del 2 fue su último discurso como el líder contestatario que había sido por más de treinta años, como el tres veces candidato opositor. La siguiente vez que lo vi, unas 30 horas más tarde, Andrés Manuel ya no era el contreras de siempre, ahora se comportaba como un estadista en funciones, como el presidente de la República. Y es que se había preparado mucho para eso.

De regreso en la Alameda me encontré con Jesusa Rodríguez, que venía manejando su

coche. “Ahora sí va a haber que trabajar, Armando”, me dijo por la ventanilla mientras esperaba el siga del Eje Central. Jesusa tenía razón, y la mañana del 3 de julio Andrés Manuel nos lo haría saber.

### **Salón Luz**

El 2 de julio me levanté tarde y desayunaba con el periódico cuando recibí una llamada de Laura, la eterna secretaria de Andrés Manuel, convocándome a una reunión mañanera al día siguiente en el Salón Luz. Conozco bien el lugar; un local para fiestas que está sobre las calles San Luis Potosí, en la Roma, a pocos metros del que fuera cuartel general del obradorismo, y que se empleaba para reuniones grandes que no cabían en el módico auditorio habilitado en el estacionamiento de la casa de campaña.

En la calle y en las escaleras había un pequeño tumulto: abrazos de ladito, apretones de mano. “Ya parecemos políticos”, pensé. Previa identificación, fuimos entrando y en unos minutos éramos alrededor de trescientos en la sala, la mayoría conocidos, pues de una u otra forma todos habíamos participado en el movimiento. Como a las diez entró Andrés Manuel, subió al estrado, se sentó tras de la mesa que ahí había, saludó y empezó a hablar.

A unas cuantas horas del mitin del Zócalo, Andrés Manuel era otro; ya no un opositor empecinado, sino un visionario constructor. Había reunido en el Salón Luz a los que quería en su equipo de gobierno y sin preámbulos empezó a informarles uno por uno lo que tenían que hacer, cómo tenían que hacerlo y cuándo había que empezar. Casi sin ver sus notas enumeró las prioridades de cada secretaría, de cada subsecretaría, de cada dirección general de cada organismo descentralizado... del chofer y del perico. Todo lo tenía pensado. Posesionado de su papel de presidente, Andrés Manuel habló tres largas horas casi sin interrupción y nos citó para el día siguiente en el mismo lugar y a la misma hora para seguir con la lista de tareas. La Cuarta Transformación estaba en marcha.

David Bowie, pensé: un camaleón que sin abandonar principios y proyecto cambia de piel en menos de dos días. ¿Seremos capaces los demás de hacer lo mismo? ¿Podremos los contreras de siempre travestirnos en constructores? ¿Sabrá Morena transitar de partido de oposición a partido en el poder?

Uno de los programas que Andrés Manuel mencionó esa mañana fue *Sembrando Vida*, que se propone plantar árboles en un millón

de hectáreas hoy deforestadas. “Yo sé de dónde sacó la idea”, me dije. Y es que hace más de quince años años, en un viaje a Tabasco, Andrés Manuel me estuvo contando de su tierra... y de su agua, como decía su maestro Carlos Pellicer. “Conozco los nombres en chontal de las plantas y árboles de Tabasco. Que por cierto le sirven a Beatriz para una novela que está escribiendo... Es como de ciencia ficción...”

Buscando que siguiera con el tema le pregunté: “¿Y con el ajetreo de la campaña, aún te da tiempo de ir al rancho que te dejaron tus papás?” “A La Chingada voy cuando puedo. Y lo que hago ahí es tirarme en la hamaca y ver cómo van creciendo los cedros y caobas que planté... He observado que crecen más rápido de lo que dicen los agrónomos.” Hizo una pausa de las que acostumbra. “Estaría bien que los campesinos plantaran árboles de maderas duras. Para reforestar y generar empleo, claro, pero también para dejárselos como herencia a sus hijos y nietos. Serían como un ahorro. ¿Cómo ves?”

Ahí estaba la semilla de *Sembrando Vida*. Pero Andrés Manuel escucha y pregunta y el proyecto, primero pensado para árboles maderables, fue complejizándose. En una junta en Villa Hermosa, para enriquecer el plan de gobierno

de los veinte puntos, escuché cómo un agricultor le decía que era una vergüenza que siendo México el país de origen del cacao, el cultivo ancestral se estuviera perdiendo. Y Andrés Manuel decidió que en *Sembrando Vida* también entraría el cacao. En una reunión los caficultores organizados le explicaron que las huertas orgánicas de café preservan la biodiversidad y capturan carbono, además de producir aromático de calidad. Y los cafetales entraron en *Sembrando Vida*. En otra ocasión el maestro Turrent, un experimentado agrónomo, le platicó que las milpas en ladera provocan la rápida erosión de los suelos, lo que se evitaría sembrando en curvas de nivel y metiendo hileras de árboles frutales, con lo que de pilón las familias tendrían más cultivos. Y el modelo MIAF, que significa Maíz Intercalado con Árboles Frutales, entró en el proyecto. De esta manera *Sembrando Vida*, concebido viendo crecer caobas y cedros desde una hamaca, acabó siendo el programa rural más completo de la 4T.

El del famoso millón de hectáreas es un proyecto visionario que considera el corto plazo: la producción de cultivos anuales alimentarios en la milpa; el mediano plazo: el establecimiento de árboles frutales que empiezan a producir en tres o cuatro años y son para el autoconsumo y

para el mercado, y el largo plazo: la plantación de árboles maderables que son una inversión que tarda en recuperarse. Todo en un policultivo que produce alimentos, pero también excedentes comercializables; que distribuye el trabajo en el tiempo, en lugar de concentrarlo como hacen los monocultivos; y del que se obtienen cosechas diversas a lo largo del año, unas de autoconsumo y otras comerciales. Por si fuera poco, mantiene los suelos, preserva la fertilidad de la tierra y restituye la masa arbórea. Fomento productivo que se complementa con la capacitación técnica en escuelas campesinas donde aporta el agrónomo, pero también el agricultor, con la formación de cooperativas de producción y comercialización, y con la participación de los chicos de Jóvenes Construyendo el Futuro. Una preciosa.

Los programas prioritarios de la 4T no son ocurrencias de Andrés Manuel, son proyectos minuciosamente planeados pero que nacen de la vida y no del escritorio. Que para esto sirve ser “pata de perro”.



## INUNDACIONES, PROMOCIÓN DE IMAGEN

ARHELY CUESTA

Para mí, hablar de inundaciones, en el sur de Veracruz y en especial en Minatitlán, es traer a la mente imágenes como las del entonces gobernador saliente, Fidel Herrera Beltrán, y del gobernador electo, Javier Duarte de Ochoa.

Recuerdo vívidamente imágenes como las del “Tío Fide”, como era conocido Herrera Beltrán, andando como desaforado, repartiendo despensas en medio del agua, sin zapatos, con los pantalones arremangados hasta las rodillas, con un sombrero de paja tipo jarochito, con una chamarra roja y mojado como un pájaro picho, también conocido como tordo o zanate. Sin embargo, de lo que más hablábamos, era de un Javier Duarte que nomás no se aparecía por ningún lado.

Cuando ya las críticas arreciaron, supe de la historia de una señora que buscaron entre la multitud, y que llevaron para que Duarte se to-

mara una foto con ella abrazándolo, como si de veras viviera el drama con ellos, los damnificados de siempre.

A él se le veía radiante con sus zapatos Ferragamo, impecablemente limpios, su pantalón reluciente, sin ninguna arruga, y una guayabera blanca que hasta reflejaba la luz de tan limpia que estaba. Como pocos les creían sus montajes, entonces había que llevar a Duarte a donde, entonces sí, lo hicieron meterse al agua para repartir algunas despensas y tomarse la foto. Así se las gastaban, así simulaban siempre.

Esto lo recuerdo bien, porque era el año 2010, y en la Comisión del Agua del estado de Veracruz, en Minatitlán, nos tocó coordinar, desde la entrega de despensas, hasta el llenado de garrafones en las plantas purificadoras de agua que nos instalaron en las oficinas.

Los afectados eran citados antes de las 9 de la mañana para hacer fila y entregarles las despensas, el agua y las cobijas, pero siempre tuvieron que soportar durante más de dos horas los intensos rayos del sol, porque eso siempre parecía más un mitin político que la entrega de ayuda para las familias que lo perdieron todo. El color rojo destacaba en las gorras, sombrillas y carpas que se instalaban; siempre buscaron ser

protagonistas durante la contingencia, aunque siempre lo negaron.

Fidel Herrera tuvo más de una oportunidad para andar todo mojado, y son históricas ya esas fotos donde se le ve repartiendo despensas con el agua hasta las rodillas.

La tentación de caminar en el agua al estilo Fidel no la pudo evitar tampoco Miguel Ángel Yunes Linares, en el 2017, con motivo de las inundaciones de entonces, aquí en Minatitlán, lugar de origen de su esposa, en el tristemente famoso Playón Sur, colonia localizada a las márgenes del río Coatzacoalcos, a donde viajó para tomarse la foto, y de paso supervisar los daños.

Ese año, y como en cada ocasión, la sociedad civil se solidarizó. No tardaron en surgir puntos de acopio de ropa, zapatos, agua y alimentos, todo aquello que pudiera servir para llevarlo a los damnificados.

Plan DN-III, FONDEN. Son palabras que se escuchaban con frecuencia. “Estamos esperando que bajen los recursos”, decían en cada oportunidad que los entrevistaban los medios.

Hay imágenes que me taladraban, como ésas que guardé en mi mente cuando vi bodegas llenas, bodegas donde se estaban guardando despensas, colchonetas y medicamentos, que

después se usarían para regalar en las campañas políticas.

“Las inundaciones que están golpeando a los estados del sureste del país obedecen a la corrupción y negligencia de los gobiernos federal y estatales”, afirmó Andrés Manuel López Obrador, por ahí de septiembre de 2010.

“Me duele el sufrimiento de la gente afectada por las inundaciones en el sureste. Es la lluvia, pero también la negligencia y la corrupción”, dijo en un breve mensaje en su Twitter.

En el ambiente en que estaba, de la administración pública estatal, fui testigo de estos actos de corrupción y del asqueroso uso político de la tragedia. Esas imágenes que guardé, y que fácilmente describen conceptos como sufrimiento, corrupción y negligencia, que se repetían cada inundación, tienen que mover a cualquiera, tenían que moverme a mí. Tenían que despertar mi conciencia.

Pasar de la toma de conciencia a la acción, no fue un camino corto ni sencillo. Casi sin darme cuenta, había iniciado mi inducción a la política, desde joven, como un proceso extraño.

Mi apasionamiento por la lectura me había acercado a los movimientos sociales en México, empezando tal vez históricamente, por el de

los estudiantes del 68, pasando por la defensa de la industria petroquímica, y hasta llegar a la trayectoria de Andrés Manuel, desde el éxodo por la democracia hasta su llegada al entonces Distrito Federal como jefe de Gobierno, sin olvidar el 2004 y su lucha contra el desafuero.

Siempre me mantenía pendiente de las noticias, de lo que pasaba en el mundo, en el país y, sobre todo, en Veracruz, a través los sitios electrónicos de algunos medios, especialmente *La Jornada*, además de que en mi casa, mi papá y yo leíamos la revista *Proceso* con más devoción que la misma *Biblia*, aun a pesar de que también teníamos varios ejemplares y había sido educada en el cristianismo, leyéndola, desde mi niñez.

Por mi formación académica, como informática, siempre he sido asidua usuaria de los redes sociales. Recuerdo que en el 2004, que surgió el blog *El Sendero del Peje*, creado por un grupo de jóvenes a favor de López Obrador, para “defenderlo” del gobierno de Vicente Fox, era mi lectura obligada de todas las mañanas. Cuando se da la elección del 2006, ésa que nos robaron, el *blog* y yo, ya como una fiel seguidora, seguimos el camino de Andrés Manuel en todos sus plantones y mítines. Y así seguí, de lejitos, en la virtualidad, cuando se dio la siguiente elección

federal, en el 2012, sintiéndome incómoda y limitada por lo que veía y de lo que era parte, dentro de la administración pública estatal, pero sin decidirme a hacer más que un simple activismo “en las redes”.

Construir una verdadera militancia, pasar de la virtualidad a las calles, era un camino que tenía que recorrer, y salir de la administración pública fue el primer y más definitorio paso. En ese momento no lo entendí, pero ahora lo he asimilado por completo.

Nunca me ha quedado muy claro cómo fue que llegó a mis manos la invitación para formar parte del Comité de Protagonistas por El Cambio Verdadero de mi sección electoral, sólo tengo presente que el día que llegué a la reunión a casa de mi vecino, para darle toda la formalidad, me sentí sumamente satisfecha.

En los siguientes días, ese mismo vecino me invitó a otra más, esta vez era con un equipo que empezaba a formarse, con ciudadanos de varias secciones electorales, territorialmente cercanas a la mía. Nos reuníamos cada semana y principalmente, comentábamos y discutíamos noticias destacadas de lo que estaba pasando en el panorama local, estatal y nacional. Ahí empezaban a encontrar cabida esos ejercicios de lectu-

ra que por años había estado realizando. Ahí leí por primera vez el periódico *Regeneración*; lo leía con avidez y no perdía oportunidad de compartirlo con mi madre, ya que, desafortunadamente para ese momento, mi padre ya había muerto, y era con quien, de seguro, podría haber compartido lo que por años nos había unido, el obradurismo y mi reciente afiliación a Morena.

El momento de recibir mi credencial como militante fue más emocionante que cuando tuve mi primera credencial para votar. Por mi mente pasaban muchas cosas, pero principalmente, que no faltaba mucho para la elección del 2018, y que si a mí me había costado mucho despertar la conciencia y transformar mis pensamientos en acciones, seguramente a muchos les podría pasar lo mismo y no podíamos seguir perdiendo más tiempo.

Mi experiencia con campañas políticas, operadas con recursos públicos y programas sociales, desde la administración pública estatal, me había dado un sesgo del cual tenía que deshacerme. Esas imágenes de candidatos yendo por las casas con una avanzada que regala gorras, sombrillas y camisetas, tenían que borrarse, no sólo de mi mente, sino de la de muchos ciudadanos. Frijol con gorgojo, despensas para hoy, hambre

para todo un sexenio. Cobijas, cobertores y medicamentos caducados, que se guardaban en bodegas, para ser usadas en el momento justo.

Ahora era parte de ese grupo de ciudadanos que, como hormigas, con periódicos en mano, salían casa por casa, a hablar con los vecinos, para pedir el voto por los candidatos de la alianza, por el 5 de 5, por Andrés Manuel. “Para que lo que hizo en la Ciudad de México con los abuelitos, sea una realidad en todo el país”, le decíamos a la gente. “Tenemos que darle el voto de confianza al ingeniero Cuitláhuac, es un hombre joven, y ya demostró en el Congreso que está a favor de la Cuarta Transformación.” De la ingeniera Rocío Nahle no teníamos que decir mucho, por la cercanía con Coatzacoalcos, nada más mencionar su nombre, nos abría las puertas.

—Buenos días, ¿me permite pasar, para dejarle una propaganda?

—¿De qué partido es? Si es de Morena sí, aquí no recibimos ni al PRI, ni al PAN, ni a los Testigos de Jehová — me dijeron una ocasión en una casa, no pude evitar soltar la carcajada al tiempo que pasaba al patio de la casa y saludaba al señor con pelo cano, que se encontraba en la hamaca, tomando el fresco, y que con gusto me recibía lo que le entregaba.

Así transcurrieron los días de la campaña, entre risas, sudor, cansancio y polvo en los zapatos. Entre semana recogíamos lista de convencidos por familia y los fines de semana, acompañábamos a los candidatos que nos invitaban a los recorridos.

El día de la elección me tocó ser funcionaria de casilla por parte del Instituto Nacional Electoral, por mi fecha de nacimiento. En inicio eso me puso un poco triste, porque yo estaba entusiasmada con representar a mi partido, pero la sombra de un posible fraude fue determinante para que aceptara la designación como secretaria de la casilla.

Podría hablar muchísimo de lo que fue el día de la jornada electoral, un día largo y por demás extenuante, pero si hay algo que tengo presente, es que ese día y los subsecuentes, no pude festejar ni asimilar el triunfo. Había que concluir el proceso, entregar las actas y seguir con los conteos distritales en los siguientes días.

El día de festejo llegó hasta el primer año de gobierno, en un Zócalo de la Ciudad de México repleto. Ahí, al ver a tantos que, como yo, entonamos las estrofas del Himno Nacional, al término de ese discurso por demás inspirador de Andrés Manuel, no pude evitar llorar como una niña.

El camino de la Cuarta Transformación es un camino largo y sin retorno. Soy quizá una idealista y no me pesa serlo. En Veracruz yo sí he visto los cambios, y quiero seguir siendo parte de ellos. Como mujer, como feminista, como militante, desde la calle, en las redes sociales, que siguen siendo mi trinchera favorita, seguiré aportando para que esto que construimos no se caiga.

## MI LLAMADO, MI CONVERSIÓN

DÉBORA EUNICE DÍAZ GARCÍA

“¡No al desafuero, sí al proyecto de Nación!”, “¡por un México sin abusos!”, “¡Ay Creel!”, “¡no funciona el funcionario, sólo sabe discutir, mejor lo vamos quitando por inútil y servil!”. “¡Exigimos la renuncia de Fox!”, “¡PAN y PRI, están despertando al gigante dormido!”. “¡No corran no tengan miedo!, “¿por qué antes de despertarlo están temblando?”. “No soy acarreado, estoy aquí por la esperanza de una patria mejor”.

Aquellas consignas, una a una, taladraban en mi mente, deseaba desentrañar a aquél líder nato, que lograba convocar a millones de mexicanos, que movía a las masas, al pueblo de a pie. Imágenes diversas pasaban como una película en technicolor, mostrándome el paseo de la Reforma de la Ciudad de México, esa avenida de grandes contrastes arquitectónicos enmarcada por palacios y grandes rascacielos, con 77 estatuas entre las que destacan El Ángel de la Independencia, el monumento a Cuauhtémoc,

la glorieta de Cuitláhuac, la glorieta de Simón Bolívar, la fuente de los petroleros, la Diana cazadora; nueve glorietas en total, que mide 14.7 kilómetros de largo y que te invita a transitarlo en bicicleta o a pie. Paseo enmarcado de robustos y altos árboles de jacarandas que son un auténtico edén en plena floración, testigos de aquella marcha del silencio, esos rascacielos inmensos, edificios de cristal que reflejaban el mismísimo azul del cielo, con esas nubes blancas que cuando el cielo de México está despejado, es digno de mil acuarelas, un paseo que en tiempo de muertos se pinta color naranja por la flor de cempasúchil, todo parejo.

Era el mes de abril de 2005, ese paseo, pintado de amarillo todo completo, sus casi 15 kilómetros, con borbotones de gente, cualquier toma aérea podía captar como hormiguitas a todos los contingentes, miles de mexicanos, en una gran masa uniforme con banderas amarillas con un sol dibujado en el centro, banderín que representaba al partido donde Andrés Manuel militaba. Aquellos contingentes llegaban casi a los dos millones de personas; si puedes imaginar que en un metro cuadrado entran 9 o 10 almas, entonces imaginarás la dimensión de aquella reclama. El pueblo caminaba en una marcha llamada

“La marcha del silencio”. No había tal, aquello parecía un culto, unos cantaban y aplaudían, otros gritaban consignas, otros lloraban, los más esperanzados supongo, reían. Aquello era una verbena popular. Dije culto, porque aquello me recuerda al pueblo de México cuando visita a la morena del Tepeyac — así de multitudinaria — a encontrarse con aquél que esperanza les da.

Tengo una imagen clavada, nítida y clara; en aquella reclama del pueblo se encontraba una mujer. Casi llegaba a la tercera edad, de aspecto humilde, típica vestimenta totonaca, unas sandalias de cuero con suela de llanta, imaginé por unos segundos: ¡seguro que si cambia el clima, tendrá frío! Portaba en su mano derecha un rosario, y el banderín amarillo en la mano izquierda lo tenía hacia abajo, ese banderín hacia abajo algo profundo representaba. Un poco al margen de ese río de la enorme caminata observaba con los ojos llorosos a todo aquel pueblo, rezaba, al tiempo que levantaba el banderín amarillo es porque cambiaba de cuenta su rosario, lloraba con tal sentimiento cual niña pequeña a la que le han quitado la esperanza. La cámara de una televisora se posó por casi dos minutos en ella, un tiempo que me invitaba a pensar en aquel líder mesiánico que hacía tiempo observaba y escuchaba.

La personalidad de Andrés me arrobaba, y sólo para confirmar lo que creo que por natura y genética en mí ya brotaba en el mes de mayo de 2006, previo a las elecciones, confirmaba mi esperanza. En un programa llamado El circo de Brozo, cuya televisora no mencionaré, Obrador fue invitado para hablar de su proyecto, cosa que en televisoras abiertas no pasaba, no lo podía creer. ¿Cuál era el fin de ese medio televisivo, qué significaba que lo entrevistara ese payaso soez y no Víctor Trujillo? Trataba de hacer una reflexión más profunda de la visita a ese programa; detestaba de forma contundente la intención oculta, enmascarada, no darle el trato que se merecía, “el de un gigante”, de esos gigantes que pasan a la historia por su amor al pueblo y a la patria. Por cierto, los medios de comunicación le llamaban “El tabasqueño”, “El de Macuspana”.

De todos los motes hay uno que más me llamaba, “El mesías tropical”, que conste que lo dije porque así lo percibí. Aquella marcha del silencio tenía similitudes de esos cultos masivos a la matriarca mexicana.

“¿Quién es Andrés?” me preguntaba. Tiene una sonrisa abierta, franca cuando la esboza, te presenta universos coloridos, aquel hombre que sabe a través de lenguaje sencillo comuni-

carse con las masas, nunca lo he escuchado con discursos elaborados, prefabricados, con palabras rebuscadas, es un hombre que toma la tribuna y le brotan ríos de esperanza, le salen del alma. ¿Quién es ese hombre con una personalidad mística, que el pueblo se rinde ante él? Y aunque el pueblo esté llorando al verlo, al oírlo pronunciar: “Mexicanos y mexicanas”, “pueblo de México”, es un rugir, un estallido, se revientan los cauces de todo tipo de pasión, lo quieren tocar, le gritan, le hablan, anhelan que los voltee a ver. Sí, es el pueblo oprimido, un Zócalo a reventar, sacudiendo al unísono esos ríos de banderas amarillas a un solo coro diciendo: ¡No estás solo, no estás solo!, con esas bellas escenas que rebotaban en mi mente, se me erizaba la piel, se me henchía el corazón, y mi estómago se hacía pequeño, muy pequeño, al mismo tiempo que pensaba: “Eres tú, sin duda alguna, eres tú el elegido”. Insultado, humillado, perseguido, acosado, y empiezo a sentir esa rabia a la par de los que marchaban, estaba segura que él no le rompería al pueblo la esperanza.

Con esas remembranzas amanecí aquel domingo 2 de julio del 2006, todas esas escenas de la marcha del silencio. Amaneció soleado, muy claro, el cielo azul, perfectamente despe-

jado, debo reconocer que no soy de levantarme temprano los domingos, sin embargo, estaban a flor de piel aquellas imágenes, tenía viva la herida, la intentona de desafuero de Andrés Manuel, todo el aparato de poder queriéndolo aplastar desde Los Pinos, siendo presidente en aquél tiempo Vicente Fox, por todos los medios, queriéndolo sacar de la carrera presidencial que justamente ese 2 de julio se iba librar.

Después de aquel intenso recorrido mental que sucedió como en minutos, donde los recuerdos son tan vívidos que hasta te desconectas, rompí con un suspiro, volví en mí, preparé mi baño, habiendo terminado me enfundé en unos pantalones cómodos de mezclilla, unas sandalias doradas de pata de gallo y mi playera blanca, bajé las escaleras rápidamente, apenas giraba la perilla de la puerta de salida cuando mi madre irrumpió: “Como siempre, te vas con la panza de farol”, en clara alusión a que no suelo desayunar. “Volveré de rato madre, ve a votar, por favor no votes por corruptos, vota por Obrador, si deseamos un cambio, es el momento hoy.” Sé que la dejé pensando, y de inmediato salí.

Debo decir que vivo en una colonia popular, donde era común siempre que doña Susa-

na estuviera despierta desde las 6 de la mañana, sentada en la banqueta, viendo quién salía y quién entraba, se sabe santo y seña del vecindario, pero era la primera que corría al auxilio de cualquiera. Fue muy querida por todos: “A determinada edad, ya no se duerme igual, por eso salgo a disfrutar de lo fresco de la mañana”, solía decir. Yo sé cuánto la extrañé cuando se fue.

Esa mañana salí y me detuve unos minutos, como siempre en su sillón, la interpele para animarla que fuera a votar, me dio tristeza su respuesta, tenía rota la esperanza por tantos años de espera, su respuesta fue clara, sólo cambiaría si Andrés Manuel llegaba, pero que estaría difícil, pues habían soltado dinero como agua. Al tiempo que hablaba con ella, otra vecina de junto, lavaba su banqueta. Se percibía el olor a barbacoa que todos los fines de semana venden en la esquina de la calle de mi casa. Allá, más al fondo, se escuchaba que cantaban Los Tigres del Norte, ya todas me las sabía (te las aprendes de oírlas dos o tres días por semana). Era el vecino Luis, al ritmo de aquella música, desde temprano se tomaba unas caguamas; seguro la contienda electoral terminaba y éste seguía la parranda. Manuel, como cada semana lava sus automóviles y, quieras que no, te invade el frente de tu

casa. En esas casas de interés social, todas de un mismo modelo (pareciera que el Infonavit carecía de toda creatividad para darles algo más digno a los trabajadores que día tras día salen a trabajar), ya en varias de ellas, a eso de las 11 de la mañana había ropa colgada, recién lavada, los domingos parece que colgáramos banderas de diferentes tallas; ése es el barrio donde vivo, populoso, así lo amo, y a pesar de los pesares ahí te regalan una sonrisa sincera, franca, ahí los lazos se estrechan a fuerza de pan y sal y el “lara lara”, son los días bulliciosos. Por qué no decirlo, somos una gran familia, claro, no falta allá de vez en cuando que se arme una alharaca, pero no llega un 24 sin darnos un abrazo profundo, sentido, del alma. Con las escenas típicas de cada domingo en mi barrio, me despedí de doña Susy, me fui caminando entre andadores pequeños, unos cubiertos de flores y maceteros, otros llenos de pasto, basura y trebejos, por ahí seguí mi camino, lo recorrería a ojos cerrados, ese lugar lo transito desde mis 18 años.

Más rápido de lo que canta un gallo había llegado al kínder federal Hellen Keller, donde todos los niños del vecindario empiezan el largo camino de estudio, y en temporada de elecciones siempre colocan en sus patios las casillas para

votar. Era casi el medio día, a plena luz del sol pude observar varias escenas, por el lado de la acera izquierda, varios petroleros, ¡los conocía, por supuesto! Cada uno portaba en sus manos una bolsa transparente donde se podía apreciar una torta (que por el color del aceite en que estaba empapada la servilleta que la cubría, delataba que era de huevo con chorizo), un jugo y una manzana. Todas las bolsas similares, sólo que algunas en lugar de manzana, traían un plátano. Absorta observaba y más que presto, justamente un petrolero aprovechó para interceptarme y con la naturalidad del que obra con cinismo me dijo: “¡Ahí te encargo, cuando te den la boleta tachas el tricolor!” Con el ardor en la cara que no sé ocultar cuando estoy molesta recuerdo perfecto que repliqué: “A ver qué vas a hacer cuando vendan PEMEX, nunca te he visto trabajar en otro lugar”. La intención era clara, causarle molestia, ponerlo a pensar. En un “gracias” que era más un reproche, le retiré firme mi mano de la bolsa con la torta que pretendía entregarme.

Al cruzar hacia la otra acera casi frente a la casilla de donde me toca votar, desfilaban carros y carros, todos llenos de gente, acarreados, tapizados de publicidad del partido blanquiazul. ¡Bueno, hasta dónde llegaba el cinismo!,

recuerdo hasta un par de banderas con la misma propaganda del PAN y del PRI, apostados los dos bandos en ese entonces peleados a muerte, nunca cambiaron sus mañas. Sentí que me hirvió la sangre, viendo todo aquello, de una forma descarada, frente a los funcionarios de casilla, era evidente que tenían carta abierta.

Como si fuera un mal presagio, me traté de sacudir aquella sensación y me enfilé para entrar al lugar y votar, pero al mismo tiempo una mano en mi espalda me regresó, era mi vecino Fabián, que me cuestionaba sólo por hacer plática de mi preferencia, por quién iba votar. Nuestro lenguaje era el mismo, él lo sabía pues afuera de mi portón brillaba un sol amarillo, como aquellos banderines que portaban en la marcha del silencio aquellos ríos de gente. Ni tardo ni perezoso me jaló hasta bajar la banqueta, vi su cara de desolación, su mirada enrojecida, es obradorista: “Estoy decepcionado. Salí a desayunar pero si vieras, funcionarios de casilla haciendo todo tipo de trampas. ¿Qué crees que pasó?, cuando nombraron supuestamente a una señora, alguien por ahí dijo: ¿Cómo?, ella ya se murió, ¡Zas!, van así como cinco personas en un lapso de aproximadamente una hora”, me refirió con su clásica expresión de “mi chava, ¿cómo la ves?” Continuó:

“los muertos están votando, ¡ja, ja, ja, ja!” Esa risa fue una explosión hilarante donde terminas llorando de impotencia. Fabián no la pasaba del todo bien junto a una madre enferma y siempre carentes de recursos, había días en que, de no ser por el barrio, no hubieran podido comer.

Ante aquella confesión, levanté la voz un poco y dejándome llevar por la emoción, solté unas palabras al aire: “Tiene que ganar Andrés Manuel, van a vender a nuestro México”. Algunos de la fila me voltearon a ver con un entrecejo claro de enojo; lógico, había entre la fila algunos petroleros, que según ellos, llevaban la línea de votar por el PRI, otros, supuse simpatizantes, con una sonrisa de complicidad; entré e hice lo propio. Justamente en la casilla donde me toca votar, con un acto de clara rebeldía por los funcionarios que se hacían de la vista gorda de todo lo que pasaba, de tanta canija tropelía, a una vecina que fungía como funcionaria de casilla, después de votar le dije: “Vigila que no le hagan trampa a Andrés”, un funcionario de esa misma casilla, un tipo mal encarado de inmediato me dijo: “¡Salga! retírese de aquí por favor”. Y sí, me largué de ahí con la rabia agolpada, con el estómago más pequeño aún, retorné por aquellos andadores que esta vez se me hacían largos para llegar a casa. Llegando

me postré frente al televisor y empecé a seguir el proceso en los medios, pero ¡qué legales iban a ser! En fin, sentía un poco de consuelo al saber algo al respecto, las siguientes horas hacía una que otra cosa, volvía a ese sillón a postrarme por largos ratos, los medios de comunicación oficiales decían a coro que era una campaña ordenada, y sí, ordenada, pero ordenada desde el aparato de poder para el fraude.

Así llegó la noche, cuando en todo momento a Andrés Manuel lo marcaban con un aparente empate con Felipe Calderón, y de un momento a otro mi corazón se alegró, empezaron a subir los números de Obrador y repuntó, la tendencia era clara, el pueblo multitudinariamente habíamos votado por él. Pero no pasó tanto tiempo para saber que en el kínder donde por la mañana había votado, se armó tamaño zafarrancho. Se decía de todo, que hasta urnas habían suplantado. Queriendo saber qué pasaba, otra vez enfilé mis pasos hacia allá; aquello era un jaloneo, gritos, manoteos. Desde afuera permanecí segundos, pues a portón cerrado, todo y nada se apreciaba, tuve esa sensación de una garganta apretada cuando desea gritar, y así emprendí mi retirada.

Por ahí de la media noche me dispuse a dormir, inquieta, dando vueltas en la cama, se agol-

paban ahora en mi mente un mar de imágenes, el júbilo de la gente cuando se entrega a Andrés Manuel, pero también estaban clavadas en mi mente aquellas imágenes descaradas de la mañana, el zafarrancho que había presenciado, no sé cómo, finalmente el cansancio del alma me venció.

Al día siguiente desperté en un sobresalto, como cuando tienes pesadillas, pensé que se me había pasado el tiempo para acudir a una audiencia que atendería, pero no, aquella sensación era peor, era similar a una pérdida, algo que hace brincar al corazón, pero que genera angustia, un sentimiento extraño. Me bañé rápido. No tuve oportunidad de siquiera encender el televisor, salí acelerada hacia el juzgado. Llegando a la mesa donde celebraría aquel compromiso, me indicó la escribiente que debía esperar; era posible que la audiencia no se celebrara. Salí del juzgado y justamente enfrente había un restaurante. Entré, pedí solamente un jugo de naranja y cuando la dueña del lugar puso las noticias, literal, el mundo se me vino abajo. Calderón ya estaba arriba de Andrés Manuel. ¡Lo sabía, lo sentía!, ése era mi sobresalto matutino, el fraude se había consumado, no teníamos que esperar a septiembre, el Tribunal Electoral del Poder Judicial Federal encargado de dirimir todo tipo de

controversias sobre las elecciones era parte del aparato de la gran maquinaria de Estado, ese tribunal y nada eran lo mismo.

Otra vez, huyendo de mis emociones, me levanté del asiento, sentía las piernas pesadas, pagué el jugo, al que por cierto, no le había dado ni un trago. Ese momento no se va ir nunca de mí, dejé los diez pesos a la señora que me atendió, quien presurosamente me dijo “hija, tu jugo, está ente....ro”, quizás parecí grosera, pero la necesidad de que no me viera estallar, me hizo imposible responderle. Justo al salir, solté la emoción contenida, me senté en un macetero lleno de plantas, ahí me puse a llorar, sin embargo, me quedé a esperar si se abría o no mi audiencia, cuando de repente escuché desde el edificio de enfrente: “Débora puedes irte, no se va celebrar la audiencia”. Era la escribiente de la mesa, voltéé hacia arriba, le agradecí como nunca que no se abriera, es de esos momentos en que estás en tu dolor, en tu soliloquio, en un duro diálogo interno.

Revoloteaba mi mente aquella señora de aspecto sumamente humilde que portaba su rosario, pensar en ella provocaba que las lágrimas se me escurrieran, era algo que no controlaba, de esas veces que quizás estás esperando para sacar lo que llevas a cuestras, lloraba como niño, la ima-

ginaba, la esperanza otra vez perdida, le habían quitado, nos habían quitado a aquel hombre, en ese justo instante entendí el porqué de ese mote: “El mesías tropical”, y cuando dicen esta palabra, los que pretenden el insulto, no saben, no dimensionan lo que realmente entraña, es la esperanza de todo un pueblo. Como dice aquella canción de la tucumana Mercedes Sosa: “Mira adelante hermano, es tu tierra la que espera sin distancias ni fronteras, que pongas alta la mano, sin distancias ni fronteras, esta tierra es la que espera... Métale a la marcha, métale al tambor, métale que traigo un pueblo en mi voz”. Esto significaba Andrés, sin duda; a él lo esperaba nuestra tierra, nuestra patria, nuestro pueblo. Lo esperaba como aquel ser de luz, místico, que llega y en una acción liberadora borra todo dolor. No era fácil para el pueblo, desde el último buen presidente —que sabemos que fue Lázaro Cárdenas— al 2006, ya se habían tolerado un sinnúmero de agravios; 68 años ¿acaso son pocos?, y tolerar otro sexenio más, ¡qué tolerar ni qué nada!, por mi mente pasaba: “también debo luchar”.

Aquel lunes 3 de julio de 2006 transcurrió sórdido, oscuro, estaba llena de dolor, de ira, de esas veces que quieres romperlo todo, así me sentía, descompuesta, en esa nebulosa perdida,

como huérfana, era yo o era que sí logré captar la energía en la ciudad, callada, lastimada, despojada de un sueño de esperanza.

Los días posteriores salieron todas las marrullerías a la luz, un listado deshonroso de sucias maniobras de las que se habían valido para el fraude: acarreo de gente, robo de urnas a punta de pistola en las zonas más marginadas, compra de credenciales, “embarazo” de urnas, compra y coacción del voto en zonas de alto grado de marginación, urbana y rural, el zafarrancho de mi colonia. Documentado está que el IFE (Instituto Federal Electoral) se inventó el llamado sistema ancla, consistente en seleccionar de entre los sorteados al ciudadano de mayor escolaridad para ser la base o “ancla” para escoger a los otros funcionarios de casilla, y en la mayoría de los casos ese “ciudadano ancla” resultaba ser un afiliado al Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación, el famoso SNTE; la participación descarada desde el aparato de poder que sufragó una campaña mediática de mil 700 millones de pesos para el ejecutivo (Fox), auto halagarse y allanarle el camino al candidato blanquiazul, la guerra sucia contra AMLO que se intensificó con ilegales campañas millonarias de *spots* de empresas privadas. También se documentó la “catafixia” elec-

toral... ¡Ya nos las sabemos todas!, claro que sí, México trae un historial interminable de fraudes, pero aquel 2 de julio de 2006 ¡no tuvieron madre! Los muertos vivientes salieron de sus tumbas y a Andrés Manuel se lo llevaron al baile. Sí, tenía razón Fabián, resulta que los muertos sí votaron, le aplicaron a nuestra esperanza todas las trampas para lograr el fraude.

Así pues, con estos acontecimientos y en varias vueltas de tuerca a mi conciencia durante el sexenio de Felipe Calderón, entre privatizaciones, concesiones de áreas consideradas patrimonio de la humanidad, como la de los huicholes, la reforma energética, las muertas de Juárez, las masacres que teñían el territorio mexicano de sangre, las desapariciones forzadas, la muerte de periodistas, las muertes de activistas en la lucha por sus tierras, la supuesta guerra contra el narco — las patrullas más que velar por la seguridad del pueblo eran claros enemigos —, imágenes dantescas a diario, una falta total de respeto por la vida y la dignidad humana ya se iban gestando. Escuchar tristemente decir: “¿Cuántos muertos?... ¡Ah!, no fueron tantos”. Aquello nos guiaba terriblemente a una deshumanización. Todo ese *impasse* que tenía de todo, menos pasar.

El tiempo transcurrió, no como un vuelo de ave; por el contrario, lo sentí tardado, se hizo eterno, de tanta presión que se siente al sabernos vulnerables. Me sorprendió el 2015 cuestionándome si me decía mexicana, si decía amar al prójimo y a mi país, ¿¡qué chingados estaba haciendo!?, viendo la injusticia pasar de lado y conformarme con aquella realidad, es más, cómplice hasta cierto punto por no accionar. Éste es justo el momento donde entendí los ríos de gente que se agolpaban alrededor de aquel hombre, ante su “mesías”, aquél de pasos firmes, de mirada profunda que refleja humanismo, bondad, ese hombre que tiene el caminar pausado, nunca va aprisa por la vida, que tiene la convicción del que lucha por la patria y el país que lo parió, que tiene claro que la lucha es de a diario, que se atreve como político a hablar sobre el amor, lucha por sus ideales, nunca ha cambiado su convicción, da la batalla por el pueblo de a pie, enfrentándose a todo el aparato de poder que no entiende ni quiere entender que la misión y la más alta encomienda es servir. Él viene a cumplir un dictado universal, fraterno, de igualdad. Él representa la esperanza de todo un pueblo, es “el mesías” que lo libera de todo yugo de todo dolor. Para mí, ya todo cobraba sentido. Ese hombre, sin duda, ha sentido el corazón latir al unísono de su pueblo elegido.

Después de tanto apretón de tuercas en la más íntima conversión, más allá de un ejercicio reflexivo, sentí ese latir de mi corazón, escuchaba cada latido, un corazón vivo, sin duda, lleno de amor, pero también de ira y coraje ante mi pasividad, cuestionándome la conciencia en un abierto y fuerte reclamo: ¿por qué tantos años había permanecido ausente, indolente, contra aquel pueblo oprimido? Era sin duda el llamado, eran aquellos ríos de gente que me decían a gritos: “los mirones son de palo”.

Para julio de 2018 ya era parte de ese pueblo, donde llorábamos, pero de felicidad; dos contiendas electorales habían marcado mi camino, dos escenarios tan distintos. No podía creer que, ante el llamado de conciencia, como una hormiguita cargando el grano más pequeño, me había sumado a la lucha, había estado presente en aquel momento histórico, en la tan anhelada “revolución pacífica”, en una lucha histórica, en esa deuda histórica con el pueblo, pobre de aquél que no lo dimensione. Me repetía reiteradamente: “se alinearon los planetas”. No es cierto, los alineó la lucha de tanta gente.

Fue en febrero de 2018, después de esa auténtica conversión, con una afinidad del alma más que de la razón, que me sumé al Movimien-

to Regeneración Nacional, un movimiento vivo, donde he visto caminar al hombre que arroba siempre mi atención, que te compele a la lucha por los ideales del pueblo, ese hombre ha logrado sensibilizar a millones. Ese punzar de conciencia, esa conversión de la que hablo. Entendí en mi propia estructura esa expresión de “mesiánico”, ese líder místico, a pulso de camino y trabajo se ganaría un nuevo mote: “El tsunami de Tabasco”. Arrasó en las urnas, las reventó, la rebelión de un pueblo en su misma tierra exiliado, cortó de tajo las cadenas que venía arrastrando. Atestigüé, esta vez de frente, inmersa en la lucha con aquella gente, sacando celosa y feroz mi encomienda, cuidar las urnas a mi encargo.

Andrés Manuel es, sin duda, uno de esos hombres que pare la patria cada ciertas décadas, que encontró su misión en este Universo: la lucha por el bien común, por la esperanza. En él están todos los hombres, todas las mujeres, en él se conjuntan los ideales, las voces, la lucha de Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero, Cárdenas, Allende, Leona Vicario, Josefa Ortiz de Domínguez, las Adelitas, las soldaderas, las mexicanas y mexicanos que se levantan a dar la lucha a diario, el pueblo, el barrio.

Desde entonces, convencida por la lucha del pueblo del que provengo, con el que me sien-

to afín y me complemento, mi pueblo mexicano, el más necesitado, por ellos camino y seguiré caminando, porque si más de alguno o alguna lo escucha, si más de alguno o alguna logra llegar a la cita con la conciencia, logra sentir el llamado, ojalá que lo sea mediante una conversión humilde, auténtica, de servicio, que transforme y se sienta transformado, que se cuestione las acciones que va dejando a su paso. Si logra sentir en su corazón ese llamado del pueblo, no tengo duda, “¡la esperanza seguirá caminando!”

¡Métale a la marcha, métale al tambor, métale que traigo un pueblo en mi voz, métale a la marcha, métale al tambor, métale que viene la Revolución!



**TODO AL TIEMPO, Y AL TIEMPO TODO: CRÓNICA  
DE UNA LUCHA DE ESPERANZA QUE TRASCIENDE**

JESÚS GALVÁN SANTIAGO

Tengo que retomar por fuerza el nacer de mi definición ideológica, aunque seguro estoy de que muchos años atrás ya estaba fecundada y en desarrollo, dispuesta a nacer. Todo inició trabajando como profesor de escuela primaria rural de la comunidad de Cruz Blanca, en el municipio de Cazones de Herrera, Veracruz. Aquella comunidad donde contaban mis chamacos de primer grado que Santa Claus no llegaba porque no pasaba la camioneta rural por las noches... aquel mismo Santa que en otros hogares siempre rebasaba el nivel de generosidad que lo describe, pero que para ellos, por cuestiones de transporte, no registraba esa ruta. Lágrimas y sonrisas asoman al recordar a Dani y Esteban, mocosos de no más de 1.30 metros de altura, pero “gallos” para darse “guamazos”, la mitad del recreo peleando y la otra mirando mi lonche, como si hubieran jurado nunca decir *no* al ser invitados a participar

de él; yo siempre gustoso de compartirles, hasta que ya ni dos o tres porciones fueran suficientes, al notar los demás que el profe estaba “disparando las enchiladas” (según su lenguaje).

Cierto día cuestioné si no almorzaban bien. Ante la respuesta casi en coro de “¡Noooo, profe!”, continué con un “pues hay que cenar bien para venir con ánimos”. En ese momento se rompió la fuente y acabó de nacer mi voluntad hacia la lucha en favor de lo que ellos representaban.

Puedo describir ese momento como el proceso de un parto: dolor, sufrimiento y amor, todo ello con la sincera y pura respuesta de un niño de apenas 6 años: “No, profe, nosotros no cenamos. Salimos de la escuela, comemos, y nos vamos a la milpa a cortar chile, y nos dormimos temprano para no tener hambre”. ¡Una jija comida al día!, ¿cómo lidiar con ese momento? “No, Chucho. Esto no se lidia, se combate y cambia.” Ésa fue mi nueva filosofía.

En esas fechas conté con una compañía, hoy comprendo que fue de mucho valor, un mentor no pactado, un profesor, historiador y férreo hombre de izquierda: Mario Román. Aún recuerdo cuando me presentó con mucha más amplitud al único estereotipo de revolucionario que yo tenía: el comandante Ernesto “Che” Gue-

vara, precisamente un 9 de octubre, con aquella playera donde no le cabía otra cosa más que su emblemático rostro, su compañía transcurría desde nuestra localidad hasta la comunidad donde los dos laborábamos, hora y media de muchas historias y aportaciones históricas, donde un 99.9 % provenían de él. Fue la primera vez que le tomaba interés a la historia al escucharla. Describo esta anécdota porque la considero parte de mi iniciación ideológica. Desde entonces llevo a Cruz Blanca en el corazón, y con regularidad suelo realizar colectas de artículos (varios) para donarlos allí.

Más tarde, con las pilas puestas, me incorporé desde sus inicios al entonces Movimiento Regeneración Nacional. Mi primera motivación fue sumarme al grupo de jóvenes (*morenaje*), sin embargo, tal como si fuesen los tiempos del Congreso Constituyente de 1857, donde existían los “puros”, nomás no era fácil tener su venia, así que sin su venia me puse a la orden de la gran compañera, Julia Caro, y “a jalar”, como se dice en el Norte.

Y así, como si un niño se deslizará por una resbaladilla, llegaron las elecciones del 2012, en las que en términos de equidad se percibía que nuestra forma para ganar esa elección sería con

quien tenía todo como mejor candidato: Andrés Manuel López Obrador. La mejor trayectoria como gobernante, una buena organización partidista; en fin, al decir todo también se tiene que mencionar lo negativo en el contrincante: el peor y más ruin gobernante, salido de las filas de Atlacomulco, como si hubiese sido un concurso para elegir al personaje que le pudiese dar la peor madre a nuestro país: Enrique Peña Nieto.

No alcanzarían los árboles para obtener las hojas suficientes y describir todo lo ilegal que operó el PRI en aquellas elecciones. A continuación la experiencia de un servidor, que al ser representante de casilla (por obviedad, de Morena) y notar la desvergüenza de un operador del PRI, de estar a no menos de 30 metros, pagando taxi tras taxi, recibiendo personas para darles indicaciones de que se les estaba observando y diciéndoles por quién debían votar, me hirvió tanto la sangre que me llevó a buscar intervención de la presidenta de casilla y representante del INE, quien sólo hizo una llamada de atención; el operador retomó la misma práctica, pero con la moral que los caracteriza, de recorrerse sólo 10 metros, mientras entre miradas y señas me lanzaba amenazas. Debido a mi valentía o ingenuidad lo encaré respetuosamente; el operador

pasó de las señas a la directa amenaza de que terminado el conteo me verían.

Minutos más tarde ya tenía detrás de mí un grupo de cinco personas, de entre 90 y 100 kilos de peso, fornidas y altas, bajando de una camioneta de gran dimensión y valor, todo cuidado para que el objetivo de intimidar resultara. Con sólo un apretón en el músculo trapecio, y con la más directa pregunta de: “¿Hay algún problema?”, me abordaron. La realidad es que no pude contestar, creo que fue más por impotencia que por temor. Las horas transcurrieron, aumentando la tristeza al observar las noticias: se perfilaba la consumación del robo de elección “a billetazos”, y todo lo que pude presenciar ese día. Enfoqué mi atención en evitar lo que ya estaba “cantado” (personas esperándome). Llamé a mi esposa y le pedí dejara el vehículo abierto y encendido a media cuadra, y se retirara. Avanzando por el contorno de una barda y sin que me vieran, corrí hacia el coche y manejé por 15 minutos, lo más rápido que pude, y doblando entre calles de la ciudad. Lo único que pude escuchar fue un grito de: “¡Ya se va!”, y sin verificar si se subían a algún vehículo me propuse terminar el día con la tristeza y el solo susto de esa experiencia.

Resalto el hecho de nunca haber llorado así antes, por el hecho de que México perdiera. Mi esposa me cuenta que esa noche me la pasé hablando de las personas que vivían en la calle, de los pobres, de lo que no se haría por ellos. Nunca había sentido ese dolor tan profundo. Más adelante tendría otras experiencias difíciles y dolorosas, pero en ninguna he llorado así. Esa reacción sólo me la causan los actos de sufrimiento por injusticia.

Con el dolor en el corazón, pero con la esperanza y confianza puesta en nuestro líder, comenzamos una nueva y misma batalla, que venía desde la reestructuración y tránsito de movimiento hacia la conformación de un partido, llenos totales en las asambleas (realizadas en estadios, regularmente) que requería el INE para la validación como partido. Teníamos “colchón” quizá hasta para dos partidos; no cabía duda de que la llama ardía más que nunca, el gigante crecía aún más. Como en la analogía donde un cerdo y una gallina en calidad de mostrar su agradecimiento al granjero, deciden prepararle un platillo, y la gallina propone al cerdo que le ofezcan huevos con jamón, a lo que el cerdo con cierta nostalgia acepta, comprendiendo lo que significaba el compromiso de poner él, el jamón

(parte física, sacrificio de él), mientras que la gallina sólo se involucra con una parte de lo que puede y está dispuesta a dar, mostrando la diferencia entre el sólo estar involucrado y comprometerse, así mismo la militancia pasaba del concepto de involucrarse a comprometerse.

Las puertas se abrían y el mensaje se esparcía, toneladas de periódico eran la herramienta para contrarrestar a las hordas neoliberales de pseudoperiodistas, como si fuese la versión remasterizada de las escenas del pueblo en apoyo al presidente Lázaro Cárdenas, salimos otra vez a las calles a empujar y a apoyar a otro grande, con recursos y tiempo para este movimiento.

El nivel de mi preparación personal fue llamado a crecer, puesto que en la repartición del periódico era común encontrarse entre opositores, personas desinformadas o simples debatientes irracionales, y para ello únicamente el argumento podía hacerles frente. Me apasioné por el estudio de la historia, teniendo como lectura principal las publicaciones del compañero Paco Ignacio Taibo II. Como anécdota, tengo una foto con él en la marcha de defensa del petróleo, en la cual expresa la más sincera de las muecas al serle yo tan insistente de tomarme una foto con él. Si este ejercicio fuese un diario, gustoso coloca-

ría la plasmada escena, la cual, no creo fuese del agrado del compañero historiador.

Todo el trabajo de campo llenó la canasta de grandes satisfacciones, nuevas amistades fortalecidas, caminos perfilados a transformar el ámbito de la gestión pública. Aunque en dos ocasiones he tenido la cordial invitación para integrarme al equipo del gobierno municipal y una en el federal, tengo una lucha interna de iniciar este camino, no porque dude del papel a desempeñar, o por negativa, sino más bien por temor a mi personalidad; no puedo participar en algo sin derrochar pasión.

Tengo un proyecto de vida ya comenzado, aunque se pueden ejecutar ambos sin problemas de tiempo, y pareciera una situación fácil para muchos. Pero yo, por lo general, enfoco algo y lo vuelvo complicado en el sentido de que no puedo parar. Pero en fin, he llegado hasta mis 38 años con este tipo de decisiones existenciales que ya, callo a callo he hecho y, según el camino que tome, seguro es que aquello que decida será ejecutado al 100 por ciento, y estaré a gusto con ello. Esa parte me es grata, porque abrazo genuinamente mi ideología y convicción, sin sentirme movido por alguna ambición jerárquica.

Aunque reconozco que sí participo, no podría establecerme donde no pudiera llevar a cabo metas de significativo tamaño; ésta es una situación que vivimos muchos militantes en esta etapa de la 4T, y que comprende para algunos el tiempo pasado, para otros el presente y para muchos el futuro. La desgloso como experiencia porque veo la necesidad de introspecciones obligadas de toda la militancia que empuje este proyecto desde la administración pública.

Al paso del tiempo y vuelta la mirada atrás, recuerdo una experiencia donde mis dedos sujetan el teclado con la insurrección hacia mis emociones, por contar esta etapa de dolor: mi divorcio, llevado a cabo durante la batalla por establecer en Palacio Nacional a nuestro hoy presidente y a nuestros legisladores en sus curules. Ese sellado e inolvidable 2018 en la historia de México, dos batallas tenía que librar a la vez, y con la férrea directriz de no “rajarme”, porque el dolor no puede imponerse ante la convicción, si ésta es de principio noble, y en este caso trascendental. Ese tiempo tuve la oportunidad de desempeñar el papel de coordinador de campaña, el cual exigía ánimo, claridad y decisión, actitudes que por ende se me vendían muy caro en esos momentos. Me es imposible dar detalles de

todo esto, mis emociones llevan mando ante mis dedos, que por más insurrectos les es imposible continuar escribiendo sobre este tema.

Ligado a la coordinación de campaña, pude valorar el tamaño de nuestra entonces candidata, Raquel Bonilla, su temperamento y personalidad. Desde entonces, mi apoyo es hacia el resultado de la evaluación de esos tres aspectos, la afinidad en personalidad sin pretensión de lisonja, me es de cierta curiosidad y respeto, y aunque también por ello mismo, suelen existir desacuerdos, aunque siempre coyunturales, algunos durante la campaña fuesen que la edición de algún video no la quiero así, o para la resolución de alguna situación, etc. Esa campaña formó al equipo que hoy somos: personajes e identidades como la del vaquero, que prendía los semáforos con su chispa para bailar.

Otras experiencias no tan animosas y que en la actualidad me resultan incompatibles en el discurso y la convicción genuina, involucra a Fernando Remes (empresario en el sector de transportes), que hoy alude a un lazo de amistad fraterna con nuestro presidente, y esto hoy para su constante proselitismo hacia la candidatura para la alcaldía en el 2021, cuando en la anécdota de la campaña de 2018, esa amistad sólo le

alcanzó (y no por falta de recursos económicos) para contribuir con sólo cinco lonas de un metro cuadrado, exigiendo que una de esas cinco fuese puesta en su entrada, a lo que indignado le dije: “Señor, yo no tengo la condición económica que usted, ni la amistad para con quien se le invita a apoyar, pero tenga por seguro que un servidor tiene más estima para con quien se enaltece usted en la foto de su escritorio”.

Como mi abuela suele decir: “Cuidado con la lengua al caminar, no te vayas a tropezar”. En esta experiencia sé que estarán presentes algunos que sólo buscan el interés personal.

La decisión de acompañar esta transformación no sólo abre una nueva etapa en nuestro país, sino que también asienta cambios radicales en nuestro ser, refiriéndome en primera persona, pero seguro estoy de que se adecúa a miles de compañeros militantes, desde la paciencia, puesta a prueba en el andar en trabajo de campo, que va desde la cerrazón al tratar de explicar algo específico, hasta descalificaciones personales, pasando también por el *expertise* en dar balance a todos los aspectos de vida (familia, trabajo, preparación, etc., bajo la máxima de hacer sin dejar de hacer), y sin duda agradecido por ello, la empatía por el servir a los más; en palabras de

nuestro presidente “el poder sólo adquiere sentido, cuando es puesto al servicio de los demás”.

Es necesario hablar del presente como experiencia aún no terminada, que al corte y para fines de esta crónica es imposible no abordarlo en este proceso de transformación. Creo que en esta regeneración del país aún vamos cuesta arriba, empujando el proyecto, y aunque tenemos garantías de haber nivelado el campo de lucha, se abren nuevos frentes, trincheras amigas y aliados de amores dudosos (compañeros tanto del partido como de la coalición Juntos Haremos Historia). Esta etapa es donde es preciso establecer ruta firme; pareciera más difícil que haber llegado a ser hoy Gobierno, porque en esa ocasión la línea estaba clara y la unidad era de rigor, ahora el rigor de la unidad pareciera ser, rogar por la unidad.

La naturaleza partidista en nuestro país siempre ha tendido a pujas por poder, por aquellos que ostentan puestos privilegiados; es preciso dar codazos que se sientan como caricias (la militancia) y tomar el micrófono y hacernos escuchar, no para amancillar la voz de otros, no para aportar a un nuevo conflicto, sino para sentar en la silla a quien o quienes no quisieran recordar la pluralidad en nuestro partido y, por

ende, comprender que en esta diversidad la única opción es la democracia, la legalidad y el respeto. Porque la margarina no se puede vender como mantequilla, así también Morena no puede decirse un partido diferente, sino no se ve y sabe diferente.

En estos momentos veo y vivo desacuerdos con mis compañeros por este tema, aunque todos damos nuestra visión y argumentos, el simple hecho de debatir quién es “roto” y quién “descosido”, crean desacuerdos que nos heredan dichas pujas y vicios. Sé que esto se asentará, y quien sea nuestro dirigente tendrá que poner ese rumbo y ampliar su criterio (si fuese necesario) de quiénes somos y adónde vamos. Probada está la calidad de la militancia para llevar al Gobierno a quien con sus principios nos describe como mexicanos; ahora es necesario probar a los dirigentes, a ver si pueden cimentar los escalones que siguen, por amor a México y por México. ¡Viva México!



## CRÓNICA DE UNA VICTORIA ANUNCIADA

JOSÉ JESÚS GARCÍA CRUZ

Provengo de una familia obrera, madre abnegada, padre trabajador incansable de la industria petrolera, familia de cinco e incontables tíos, primos y sobrinos, crecimos sin lujos u opulencia, no fuimos de las familias acomodadas o de apellido pomposo o rimbombante, somos una familia más de los García, ah, pero eso sí, nunca nos faltó comida en la mesa, por lo menos frijoles con queso preparados en blanditas, tostadas o enfrijoladas, jugábamos a la pelota en la calle con los hijos de los ingenieros, arquitectos y licenciados, esto en una colonia de clasemedieros aspiracionales de México, de lo cual no caí en cuenta hasta ya muy entrada en la adolescencia. Lo que recuerdo muy bien es que en mi infancia nunca me gustaron las trampas, las mentiras o las injusticias en los juegos, lo cual nació congénito con mi persona, o tal vez entró por mi subconsciente, por las ense-

ñanzas de mis abuelos paternos, a los que fuimos muy apegados mis dos hermanos y yo.

Los viejos eran de esas parejas convencionales típicas mexicanas y, como es de suponer, siempre supimos más de mi abuelo que de Margarita.

Él era alto, tez blanca y cabello plateado, tuvo una infancia difícil, ya que quedó huérfano a los cinco años; de madre texana y padre terrateniente de la Huasteca, fue el hijo menor de 12, su padre murió cuando estaba de brazos, y al morir su madre quedó desprotegido de toda herencia, y las tierras y ganado que le correspondían se las robó uno de sus hermanos mayores, que fue médico de profesión, granjero y jugador. Mi abuelo pasó a estar al cuidado de una de sus hermanas mayores que, si bien no lo procuraba, tampoco lo abandonó a su suerte. Se hizo independiente desde la niñez y pasó por múltiples oficios, de vaquero a boxeador, de baterista a chofer de autobús, pero fue la mecánica su gran pasión, y gracias a la expropiación petrolera pudo desarrollar su vocación como uno más de los tantos héroes anónimos que cargaron en sus hombros con toda una industria a la que el país se aventuraba, a la que las potencias anglosajonas vaticinaban el peor de los fracasos.

Don José mi abuelo, trabajó toda su vida, tuvo siete hijos —dos niñas y cinco varones, mi padre fue el menor de ellos—, no procreó más porque de muy joven le diagnosticaron cáncer de próstata, que venció gracias a la fortuna del seguro médico con amplia cobertura y medicamento gratuito que le brindó la paraestatal, a la que no todo mexicano tenía acceso, y que había sido una conquista más de la lucha obrera petrolera. Pero la enfermedad lo dejó estéril y casi 40 años después, lo desterró del mundo de los mortales. Murió a los 92 años, postrado en la cama.

Mi padre ya lo presagiaba esa mañana fatídica, ya que le había tocado hacer guardia esa madrugada; muy temprano en la mañana lo despertó el canto de un ave, según fue un ceniztle, de los que cuentan las leyendas.

Aún está fresco en mi memoria cuando visitaba a los viejos en su casa —lo cual era casi a diario—, y que un mes antes de que el abuelo cayera en cama aún lo encontraba trabajando: reparando lavadoras, ventiladores y licuadoras que los vecinos de la colonia le llevaban; lo hacía para pasar el tiempo y porque era bueno en eso, y no cobraba ni un centavo. Por otro lado, militó en el PRI, porque siendo petrolero, de la mítica sección 30 de los Tlatoanis, así tenía que ser y no había de otra; él pensaba que ésta le había dado

todo, sin caer en cuenta de que era al sudor de su frente y sus manos a las que debía todo.

Siendo de familia petrolera, en las fiestas y reuniones entre mis tíos no se hablaba de otra cosa que no fuera la industria, se preparaban lodos en el patio, se revivían los chascarrillos y bromas a los compañeros en la mesa, y en la sala entre copas y cervezas se perforaban y reparaban pozos a diestra y siniestra, y así continuaban hasta bien entrada la noche, en la que no paraba la industria, hasta que se interrumpía la producción por los lloriqueos y quejas de los niños más pequeños. Entonces los hermanos dejaban las llaves españolas, los peligros de los gases tóxicos y sus bien recordados y apreciados muertitos, porque al siguiente día, a primera hora de la mañana, tenían que retornar a las labores de la empresa, ésa que cargó al país a costas desde los años 30.

Mi padre, siendo sindicalista, de corazón noble (ahora que lo pienso, viene de familia), fue reconocido por ello, e impulsado por sus compañeros de base para representarlos, ya sea como delegado de departamento o algún otro puesto de los privilegiados, pero cuando su nombre llegaba a los oídos de la democracia de la sección 30, ésta lo despreciaba porque tenía fama de

aguafiestas, de hombre recto, de palabra, idealista, que no tomaba ventaja y que de manera absurda defendía a sus camaradas e impulsaba al escalafón antes que al compadrito, al hombre, al hermano o al querido.

Se jubiló sin gloria, apestado y señalado, pero con la frente en alto y la integridad intacta; le negaron sus derechos por no rendir tributo al faraón, y mi hermano aún sigue pagando la factura del camino del hombre recto que laboró entre Sodoma y Gomorra, cruzó el fango y no manchó su plumaje, e hizo honor a su segundo apellido, que es Mora, que no era como muchos pensaban en el sindicato, que la moral es el árbol que da dicho fruto. Siempre fue un padre ausente como la gran mayoría de mexicanos. No me di cuenta de las carencias, los problemas y las dificultades económicas; mientras fuimos creciendo y la inocencia de la infancia se fue diluyendo, éstas se fueron haciendo más evidentes: las crisis económicas y sociales, aunadas a los fracasos y frustraciones de mis padres. Fui viendo la realidad, que no todos éramos iguales, que no todas las madres se trasladaban en transporte público para ver a sus padres, que no todos esperaban el verano para acudir a las playas de Barra de Czones o de Tecolutla, que no todos los hermanos menores heredaban la ropa de los mayores.

Ya entrado en la adolescencia me interesé en la política, seguía despreciando las injusticias y las desigualdades, conocí de clases sociales, de privilegios y privilegiados, de pobres y de marginados, de perseguidos y desaparecidos. Una vez entrando a la Universidad de Ciencias Químicas (lamentablemente no tuve la aceptación de mis padres para estudiar Ciencias Políticas porque pensaban que si no éramos de familia de políticos, de qué iba a comer) me empecé a formar de manera autónoma, leí del Che, de Fidel y Camilo, de los sandinistas, de Allende, Lenin, Mao, Marx, y lamentablemente en este camino de lucha y resistencia, también me crucé con trotskistas, fui entendiendo el mundo de capitalistas y socialistas, y conocí esa bella palabra idílica y utópica, la que llaman de manera austera pero potente, como revolución.

Quería cambiar al mundo, sumarme a las filas del proletariado, tomar las armas y luchar contra la tiranía, la opresión y el capitalismo, tomar los libros en una mano para derrotar a la ignorancia, y con la otra tener preparado el fusil cargado para dar muerte al villano, huir a la selva a resistir en la guerrilla, y entrar triunfante a la ciudad venciendo a la milicia. Era joven e idealista, en otros tiempos tal vez hubiera caído

reclutado en las muchas ligas comunistas o con los zapatistas.

Una mañana cálida de esas del sureste de la República, el calor sofocante y el televisor me despertaron, con un hombre en pantalla que madrugaba todos los días informando sobre su labor, con una mística en su hablar tan sincera, que creaba una conexión casi natural con la audiencia, de hablar pausado, con acento inconfundible de Tabasco, bien marcado. Me hice asiduo escucha de sus mensajes, se le notaba en las palabras y los ojos la convicción por cambiar a este país desde sus raíces, por lo que nuevamente me encontré con aquel bello concepto efímero, que se construye día a día, con la paciencia del actuar y concientizar, la revolución de las conciencias le decía.

Me sumé a su causa, aunque sin militar. Le seguía los pasos como guía espiritual, con el fin de cambiar a este gran país marcado por masacres, impunidad y corrupción, me llenó de rabia el proceso de desafuero y me conmovió su gran discurso, parado frente a sus adversarios, los que no tuvieron el gusto de ver a un hombre derrotado, sino todo lo contrario, tenían de pie frente a ellos a un humanista que con gran valentía los enfrentaba con la justicia en sus actos. Sin

saber, estábamos ellos y nosotros siendo testigos de un proceso histórico, que marcaría un antes y un después de esta patria herida y mancillada. Millones de mexicanos nos sumaríamos a su lucha, enalteciendo los más grandes ideales de justicia, fraternidad, dignidad y patriotismo, con una sola arma en nuestras manos: la esperanza.

Ya en aquel 2006, con la mayoría de edad y con una formación izquierdista, fui electo como escrutador de casilla. Todas las encuestas daban muy arriba al licenciado, a pesar de la guerra sucia en que los grandes potentados no escatimaron los ataques en contra de Andrés Manuel. Calumnias iban y venían, mentiras y verdades a medias se analizaban en los noticiarios, pero eso no les fue suficiente para vencer al pueblo, que esa jornada electoral se abalanzó en estampida a las casillas. Iniciamos temprano, a las 7 de la mañana, con el personal del IFE tocando a mi puerta para que no se me olvidara mi cita con la historia; de la emoción apenas pude dormir unas cuantas horas, con una mala capacitación a cuentas, pero me sentía firme en mis convicciones de proteger la decisión popular, sea la que ésta fuera, porque al final de cuentas así funciona nuestra débil democracia, y al llegar a la casilla (que quedaba a media cuadra de mi casa),

me topé con las sorpresa de que sería presidente de casilla, porque según las reglas, si no se presentaban los sorteados, subíamos en escalera. Se eligieron los demás puestos de entre la gente de la fila, que sin chistar se anotó en la encomienda. Yo como presidente y sin experiencia, creo que hice un buen papel en el transcurso de la contienda; cerramos a las 6 de la tarde, con más de diez a la espera en la fila. Una lluvia fuerte se desató y el agua subió en cuestión de minutos y nos llegó hasta las rodillas, pero nos aferramos con las urnas a las mesas y las casillas, y los votantes no desistieron de su intención y aguantaron hasta que escampó.

Una vez superados los embates de la naturaleza y con muy pocos altercados durante el día, comenzamos los conteos y mientras fueron saliendo y acomodándose las boletas, fuimos viendo cómo se dibujaba la cara de desilusión en los representantes del PAN, que aún tenían la esperanza de dar la sorpresa proclamada por todas las encuestas de los medios oficialistas, pero no fue así, voto a voto fueron confirmando que la victoria era para Andrés Manuel, y sus peores miedos se iban afianzando, más del triple de votos tuvo en mi casilla contra su más cercano rival que era "FeCal", y lo mismo ocurría en las dos

casillas aledañas a la mía. Sin representante de casilla del PRD, PT y Convergencia, se le hizo fácil al del blanquiazul tratar de persuadirme para comprar los votos nulos, los cuales doblaban en cantidad a los de su candidato, y como alegato según el, porque ya ningún otro representante de casilla de otro partido los reclamaba, tratando de *chamaquearme* de que así era como funcionaba (el representante del PRI estaba de acuerdo, ya le daba igual). Al ver mi férrea negativa, primero trató de comprarme, me ofreció mil pesos y subió la oferta hasta los dos mil quinientos (lo que no era poco para un joven estudiante), y como no aflojé en mi postura, empezó a amenazarme con que obstaculizaba la elección y ponía en riesgo la democracia, que hasta delito federal me fabricaba, pero defendí con convicción mis ideales y a la democracia, y los votos nulos, nulos se quedaron.

Acompañé a la casilla en un taxi con otras dos urnas más hasta su entrega. Pasaban de la media noche pero se sentía la euforia de una victoria y la esperanza con ella, me entrevisté con varios en la fila, que al igual que yo llevaban su urna con los votos populares y con la victoria; todos confirmaban mi teoría, Andrés había ganado con una muy amplia mayoría, y al concluir la jornada

en un sobre amarillo el IFE nos pagó, 150 pesos por ser funcionario de casilla, que no me alcanzaba más que para las comidas de ese mismo día. Con la satisfacción de haber defendido del fraude mi casilla, me fui a dormir casi a las 3 y media, sin que el IFE anunciara aún a un ganador.

Qué pasó al despertar, que el contento rápido no salía, se avecinaba otra vez la sombra de ese fantasma que tanto se temía, que se había jugado con base en la ley, y las leyes no servían, se confirmó en los próximos días que por arte de magia y contra toda lógica matemática, las tendencias se revertían y daban el triunfo al PAN con el contubernio de Presidencia; el PRI pactó por cuotas de poder, porque no le convenía que llegara el pueblo y el de Macuspana, a parar el derroche, la opulencia, y poner al pobre primero en la lista, antes que a los oportunistas. Pero Andrés, a pesar de todo pronóstico, no se dejó vencer, y convencido del cambio y de su gente, resistimos, con marchas, mítines y plantones, con la traición de los propios partidarios a los que llevó a la victoria, y que al ver cumplido su proyecto personal lo abandonaron. Muchos marchamos con él y nos organizamos, se empezó de cero nuevamente en un movimiento sin dinero o patrocinios, pero con la firme convicción de una patria nueva y de justicia para el desprotegido.

Seis años más pasaron para la revancha y nuevamente nos venció la gran maquinaria de los potentados del poder. Tenían los medios de comunicación bajo su control y dinero no faltó, que provenía de todos lados, desde el desvío de recursos públicos, hasta del crimen organizado. La campaña no fue fácil para su candidato, que un día cambiaba los nombres a los estados y otros terminaba en sanitarios encerrado, acusando a estudiantes de ser acarreados, lo cual despertó furia; desde aquel 68 no se veían tan organizados. El #YoSoy132 fue un halo de luz, pero rápidamente fue infiltrado y paralizado, por lo que no fue suficiente para vencer a los potentados. La maquinaria electoral del viejo PRI nunca se destruyó, y en 12 años del panismo sólo cambio de color y regresaba nuevamente con sus dueños, el PRIAN había funcionado, pero sólo sirvió para retrasar el verdadero cambio, ése que construimos todas y todos desde abajo, caminando bajo el sol, concientizando de puerta en puerta. Como armas nos bastaron el periódico *Regeneración* en la mano y la esperanza en las palabras; y para consolidar el movimiento nos financiábamos con un aporte de 10, 50 o de 100 pesitos, para las copias o para completar los pasajes de los camaradas. Se viajaba

con una torta de huevito, y con todo ello fuimos nuevamente construyendo la democracia, y el poder ciego no nos vio venir, como avalancha que arrasaría en las elecciones de 2018, ya que nunca entendió de nuestras motivaciones, pensó que con infundir miedo y repartir dinero, volvería a comprar las conciencias y fraguaría el fraude nuevamente. Pero el pueblo sabio había despertado de un letargo de muchos años, el tigre se levantó y venció a la mafia del poder, a esos que se creían los amos del país.



## ES UN HONOR ESTAR CON OBRADOR

GLORIA ZORALLA HERNÁNDEZ LONDOÑO

Xalapa, Veracruz, 23 de octubre de 2020

*“Hay hombres que luchan un día y son buenos.  
Hay otros que luchan un año y son mejores.  
Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos.  
Pero los hay que luchan toda la vida:  
esos son los imprescindibles.”*  
Bertolt Brecht

“Nos vamos o nos quedamos.” El silencio se fue esparciendo por todo el Zócalo hasta sólo quedar la voz decidida de López Obrador: “Propongo que nos quedemos aquí en asamblea permanente, hasta que resuelva el Tribunal. Que permanezcamos día y noche hasta que se cuenten los votos y tengamos un presidente electo, con la legalidad mínima que nos merecemos los mexicanos. Les informo que yo también viviré en este sitio mientras estemos en asamblea permanente”. Al principio pensé que había escuchado mal, pero la mirada de mi marido me lo confirmó, escuché muy bien, como escucharon todos los pre-

sentés, y al echar un vistazo a mi alrededor pude darme cuenta de que todas las personas estaban igual de sorprendidas. Pasado el estupor, al unísono todos respondimos con un ¡Síííí!

El día anterior, muy temprano, salimos de Xalapa para el DF; nos habíamos preparado para un viaje relajado: la jarra con café, vasos térmicos, *sánduches*, galletas, frutas y dos libros de poesía. Me gusta leer poesía en voz alta mientras mi marido conduce. Era finales de julio de 2006, y era la segunda marcha a la que asistíamos desde el día de las elecciones. Nunca se sabía qué nos íbamos a encontrar, pero lo que sí es seguro es que la emoción se había apoderado de nuestro pecho, y nos había imbuido un espíritu juvenil de lucha, por lo que creíamos en ese momento. No íbamos a aceptar el fraude.

Una vez en la carretera, y ya lista para leer a José Asunción Silva, algo captó nuestra atención. El espectáculo era fascinante: caravanas de coches en dirección al DF; de todas partes salían banderas, no sólo eran coches familiares, camionetas y autobuses, también motocicletas. Parecía que todo México tenía un solo destino: el Distrito Federal. En lugar de disminuir el apoyo, con los días había ido creciendo y la carretera lo atestiguaba.

Supe de Andrés Manuel López Obrador en el año 2002, cuando llegué a vivir a México.

Conocedor de mi inclinación política hacia la izquierda, mi marido me contó todos los pormenores que se conocían del hasta ese momento jefe de Gobierno del Distrito Federal, y de las importantes reformas que estaba impulsando en la ciudad más grande del país. Posteriormente tuve la oportunidad de seguir todo el proceso del “desafuero” y la manera encarnizada en la que el presidente Fox quería sacarlo de la contienda electoral, la multitudinaria marcha que llegó al Zócalo de la ciudad, en su apoyo; el memorable discurso en la Cámara de Diputados. Me quedé despierta hasta la una de la mañana aquella madrugada en que un juez echó abajo las pretensiones de sus enemigos. Fue entonces que se me metió la idea de conseguir mi nacionalidad antes de las elecciones de 2006.

En mi juventud ya tenía un pensamiento muy politizado, y con mis amigos sostenía interminables conversaciones acerca de cómo arreglaríamos el mundo si estuviera en nuestras manos. Tuve un breve acercamiento con un partido político de izquierda y fui parte de un comité cívico municipal en mi pueblo. Además, me tocó participar en las mesas de negociación con las autoridades municipales, en donde se discutían las acciones del paro civil municipal en

contra de las tarifas de energía que pretendían aplicar en aquel entonces. Siempre participé en marchas por la paz, marchas en contra del alza de impuestos, marchas en apoyo a campesinos, comunidades indígenas y un largo etcétera. Las marchas no eran nuevas en mi vida.

En Colombia hubo varios personajes que se perfilaron para ejercer un liderazgo de masas y que tuvieron una oportunidad real de hacer un cambio en el país, ese cambio que nosotros tanto anhelábamos y que nunca se dio porque las balas asesinas segaron nuestros sueños. Uno tras otro los vimos caer, y con su muerte la desesperanza, la rabia y el dolor crecía en nuestro pecho. Así que llegar a México y de entrada conocer a Andrés Manuel López Obrador, con su carisma, inteligencia, honestidad y capacidad de lucha, me revivió el espíritu y las ganas de ser parte de esta historia. Con ilusión comencé los trámites para conseguir la nacionalidad mexicana y, con ella, el derecho a votar.

Por azares del destino la carta de naturalización llegó una semana después de vencerse el plazo para tramitar la credencial de elector y no pude votar por AMLO, lo cual no fue obstáculo para estar al pendiente de todos los pormenores de la jornada electoral aquel triste 2 de julio.

Ahora, tres semanas después de las elecciones, llegamos de nuevo al DF y nos dirigimos al hotel en que pasaríamos la noche, en el *lobby* había mucho revuelo, al parecer llegamos a una hora de mucha actividad y debimos esperar un buen rato antes de que nos asignaran la habitación, pero eso no menguó los ánimos. Aprovechamos el resto del sábado para salir a caminar por la Zona Rosa y nos fuimos temprano a descansar, porque las marchas en el DF eran de largo aliento.

El domingo en la mañana nos despertamos y salimos temprano para tener tiempo de ir a desayunar. Al llegar a la recepción otra vez la encontramos llena de gente, pero esta vez se hizo evidente la razón, el hotel estaba atiborrado de personas de todas partes de la República, que llegaron para estar en la marcha. Todos tenían banderas, playeras, gorras, o sombreros alusivos al PRD y a AMLO. Aquí y allá se estaban haciendo carteles improvisados: “¡Voto X voto, casilla X casilla!” El entusiasmo y la evidente alegría nos hicieron sentir acompañados y hermanados con toda esta gente desconocida. Al no encontrar espacio en el comedor del hotel emprendimos camino hacia la Zona Rosa en busca de un buen café y del desayuno, para luego irnos a la Avenida Reforma.

Caminar en la Ciudad de México es uno de sus mayores atractivos. La gran mayoría de los negocios de comida, restaurantes y cafeterías que encontramos en el camino estaban atestados, todos querían desayunar antes de la marcha; mientras más íbamos avanzando más difícil se hacía encontrar un sitio, así que nos alejamos de la Zona Rosa. Finalmente encontramos un Sanborns y ahí nos metimos. Adentro, el bullicio de gente comprando cartulinas y marcadores, otros ya instalados en el restaurante, y yo a esas alturas lo que necesitaba con urgencia era el baño.

Mientras mi marido se hacía de una mesa libre me fui al baño, allí la cosa no era distinta, una larga fila de mujeres sonrientes y conversadoras alegraban la urgente espera. Por lo que pude escuchar, había gente de todas partes de la República: algunas de Durango, Guerrero, Jalisco, Estado de México, Chiapas, Veracruz, Puebla y otros estados. También pude discernir que varias de ellas eran maestras, además había una doctora, amas de casa y, por supuesto, yo. En la conversación salió a la luz que venían por su cuenta, que hicieron convites y pagaron autobuses, que viajaron familias enteras, y grupos de amigos. Veinte minutos duró la ida al baño.

Desayunados y contentos de ver el apoyo que había llegado de todas partes, emprendimos

el camino rumbo al Ángel de la Independencia, para ver hasta dónde podíamos avanzar. Cuando llegamos al Ángel ya eran más o menos las diez de la mañana y el contingente había partido hacia el Zócalo. Se hizo evidente que por más que lo quisiéramos no sería posible alcanzar a los primeros, la gente seguía llegando y Reforma se colmó, quedamos insertos en un punto intermedio y no era posible ver a los primeros ni a los últimos. De todas partes seguía llegando gente.

“¡Voto por voto, casilla por casilla, voto por voto, casilla por casilla!”, era el coro fuerte y claro. De vez en cuando llegaba a nuestra fila el “¡Es un honor estar con Obrador, es un honor estar con Obrador!”, y así íbamos de consigna en consigna a un solo grito, a veces se mezclaban unas y otras.

En algún momento decidimos salirnos de la marcha y cortar camino para llegar al Zócalo antes que el contingente, y así lo hicimos. A la altura de la Zona Rosa nos metimos a la calle Atenas y cruzamos hacia Emilio Dondé, para salir al mercado Plaza de la Ciudadela. Tomamos Balderas hasta 16 de septiembre, y de ahí todo derecho hasta el Zócalo, más de tres kilómetros a paso rápido. No fuimos los únicos, muchos otros tenían la misma intención, llegar al Zócalo

antes, para asegurarse un puesto medianamente cómodo; una vez que el contingente llegara no habría forma de llegar y seguramente nos iba a tocar en alguna de las calles que desembocan a la Plaza de la Constitución.

Tardamos en llegar casi una hora y el Zócalo estaba lleno. La gente seguía llegando y los grupos trataban de mantenerse unidos. En varios lugares se veía gente con bolsas llenas de tortas y botellas de agua. Me acerqué para comprar una botella de agua y la señora que estaba allí me informó que no estaban a la venta, las había traído para donar, así que gustosa recibí el gesto de generosidad de este pueblo luchador.

Nos abrimos paso entre las banderas y pancartas, la idea era estar lo más cerca posible de la tarima donde estaría Andrés Manuel; apenas pudimos llegar al tercer cuadro. Ya era medio día y el sol comenzaba a sentirse en la piel. Aquí y allá escuchábamos diferentes versiones de dónde venía el contingente, el avance era lento y se esperaba que a las dos de la tarde llegara.

El ambiente, además de caluroso era cada vez más alegre. Dondequiera había camaradería, conversamos con extraños como si fuéramos viejos amigos; el tema era el mismo: “No nos van a robar; estamos cansados de que nos

vean la cara; el pueblo se cansa de tanta pinche tranza; no se van a salir con la suya; si el fraude se mantiene Calderón será un espurio. ¿Y ustedes de dónde vienen? De Xalapa, ¿y ustedes? De Hidalgo, ¿y vienen en camión? No, vinimos en nuestro coche, con nuestros propios recursos. Nosotros también, armamos viaje con varios amigos y nos vinimos en caravana..." Y así hasta que llegó la marcha.

Todas las calles aledañas al Zócalo estaban a reventar, ya no entraba un alma más y caminar se hizo imposible, estábamos unidos codo a codo y sostenidos unos con otros. La prensa nacional dio cuenta de que fuimos alrededor de dos millones de personas, la marcha más grande jamás vista.

A este escenario llegó nuestro presidente legítimo, y luego llegó al punto en que hizo la pregunta mayor: "¿Nos vamos o nos quedamos?" Fue lo que mi marido y yo nos preguntamos con los ojos. Hubo una época en nuestras vidas en que habría sido muy fácil decidir "nos quedamos". Ahora en cambio, la situación personal de cada uno, no nos daba para quedarnos. Él debía presentarse a trabajar el martes siguiente a la plataforma petrolera a la que pertenecía, yo tenía un negocio que atender.

El mitin terminó y comenzó el desalojo del Zócalo, cada uno por su lado. Unos se fueron a Reforma a instalar casas de campaña, otros emprendimos el camino de regreso, con la certeza de que este día había sido diferente. Algo nuevo había en el ambiente. De regreso al hotel la gente iba comentando que sería una hazaña, otros como nosotros, se iban lamentando el no poder quedarse, “está cabrón”, decían.

Emprendimos el regreso a Xalapa, de nuevo en compañía de vehículos con banderas, y a pesar del agotamiento la alegría era evidente, estábamos convencidos de que las acciones emprendidas harían la diferencia, y de que íbamos a vencer al *statu quo*. “Nos van a tener que oír.”

Lo que pasó después está documentado y aún se sigue hablando de lo que significó el plantón de Reforma. Para mí fue la revelación de un pueblo que está acostumbrado a luchar por sus derechos y por sus ideales, fue el momento en que por primera vez ejercí mis derechos como nueva ciudadana mexicana. Con toda certeza puedo decir: “Es un honor estar con Obrador”.

## MI PROBLEMA CON EL NEOLIBERALISMO

JORGE RAÚL MENDOZA NAVARRO

Desde muy joven pienso que todos en algún momento llegamos a oír hablar sobre política. De hecho, el primer recuerdo relacionado del que tengo memoria fue la molesta interrupción que pasaban por las tardes en el Canal 5, denominada Partidos Políticos; no podía existir nada más aburrido desde mi perspectiva infantil, que adultos sentados hablando de temas incomprensibles para mí, algo muy molesto.

Al paso del tiempo llegué a comprender la idea que las televisoras nos mostraban vendiendo la imagen, no de actores políticos sino de un país en crecimiento gracias al gobierno, sin embargo recuerdo que alrededor de los 8 años ya comenzaba a formular mi criterio acerca de lo que veía en televisión y de lo que solía oír hablar a las personas; algunos comerciales de alrededor de 1994 mostraban a las personas recibiendo apoyos, y programas de gobierno que en su momento sirvieron para promover la imagen de un país

próspero casi al finalizar el mandato del expresidente de México saliente, Carlos Salinas de Gortari, quien dejó un país en crisis, y políticamente muy inestable, con el asesinato de Luis Donaldo Colosio, una figura que aparentaba traer una corriente nueva de interés por el ciudadano. Era inevitable para la mayoría de los mexicanos escuchar y hablar sobre el tema; recuerdo siendo un niño aún ese día. Por la tarde en la televisión apareció la noticia de que habían herido al entonces candidato a la Presidencia de México, Luis Donaldo Colosio. Después, en unas horas confirmaron su muerte; ese suceso había sido tomado por la mayoría de los mexicanos para ser recordado en esa generación.

En ese entonces, su sucesor, Ernesto Zedillo Ponce, recibía al país con una crisis económica a los pocos días de su mandato, lo que llevó a caer a México en una muy severa realidad, con el famoso error de diciembre. Sólo podíamos esperar como familia una mayor incertidumbre, todo ocurrió tan aprisa: los precios de la canasta básica comenzaron a subir, hubo una devaluación histórica del peso de por lo menos el 80% ante el dólar, las dificultades económicas comenzaron a notarse más en las condiciones de vida, la devaluación lo arrastró todo, los precios y las esperanzas de

una mejor vida inmediata. La peor parte, como siempre, toca a los mexicanos de la clase obrera, campesina, media; y hasta los empresarios resultaron afectados económicamente.

Los sectores más vulnerables pagaron la peor parte, como suele ocurrir siempre, y más si en el hogar se había pedido en ese momento algún crédito económico, para vivienda o inversión. En los primeros meses del gobierno de Zedillo pude notar cómo el nivel de vida bajaba en mi familia, la comida no era la misma (lo notaba, pero no comentaba nada), en la propia cooperativa de la escuela los precios de los alimentos eran más caros, el estrés económico iba en aumento, según las cifras que exponían las propias televisoras por aquel entonces. También en la televisión, lo recuerdo muy bien, había una campaña que se limitaba a explicarnos cómo convertir mil pesos a un solo peso, como si no hubiera un trasfondo importante por analizar.

Recuerdo claramente que durante todo este periodo de estrés económico, leí en alguna ocasión una noticia que me estremeció demasiado. Un campesino se había endeudado para su cosecha por medio de préstamos variables, que en ese tiempo era la plataforma del gobierno para mitigar las carencias económicas. Lo

había pedido todo, y estando en ese momento sumamente endeudado, en su depresión había decidido arrojarlo desde el puente de Metlac, en Orizaba. No pude ni imaginar su desesperación de sentirse sin nada y encima debiéndolo todo; al tiempo cada vez más familias perdían sus autos, sus hogares, sus inversiones o sus negocios.

Para ese entonces mi padre trabajaba en la planta farmacéutica de PROQUINA, en la ciudad de Orizaba. Solía acompañarlo los fines de semana a su oficina; me parecía una fábrica muy grande, era muy interesante para mí pasar por andenes muy largos, centenares de cajas e instrumentación. Sin embargo, ante todo lo acontecido y en este contexto de preocupación, mi padre nos comentó acerca de rumores de cambios en las empresas, reajustes y mecanismos de cambio que permitieran a la industria seguir en estas condiciones.

A mediados de 1995, un viernes (tenía en mente acompañar a mi padre al día siguiente), me encontraba haciendo tarea, pues empezaba a cursar la primaria, cuando mi padre llegó por la tarde, como normalmente lo hacía después de trabajar. Su cara tenía una expresión que nunca le había visto, de enojo, de molestia. Él sostenía consigo una bolsa plástica negra grande con va-

rias cosas dentro; para tratar de hacerle sentir bien o ver si podía hacerle reír le dije: “pareces Santa Claus”, por la bolsa grande que llevaba. Jamás olvidaré que me volteó a ver, en sus ojos había una expresión de sentimiento que aún no puedo explicarme. Sin decir nada siguió caminando hasta donde mi madre se encontraba, con esa mirada que realmente me preocupó y me dolió. Aún sin saber qué estaba pasando, escuché que comenzó a hablar con mi madre. Podía presentir que se trataba de algo grave, se podía oír en sus voces un tono de preocupación y tensión, no me habría atrevido a entrar al cuarto donde ellos estaban hablando. De un momento a otro todo había cambiado. Enseguida hablaron con mis hermanos y conmigo, lo habían liquidado de la empresa donde había trabajado por más de 25 años. Sentí por primera vez una impotencia tan abrumadora que aún puedo recordar lo amargo que fue ver a mi padre preocupado. Fueron sentimientos que por primera vez conocí, su mayor temor éramos nosotros y el cómo podríamos seguir estudiando mis hermanos y yo, cómo pagarían los gastos necesarios para sostener el hogar.

Por aquel entonces los atropellos y abusos a los trabajadores eran constantes, tal vez por ello mi padre no peleó una liquidación más jus-

ta; fue muy duro para toda mi familia tener que estar de un día a otro sin el sostén principal. Mi madre en ese momento pasó a ser el único medio económico del cual dependía mi familia; ya no era posible tener ninguna especie de lo que consideraba lujos, como tener algunos pesos para gastar en el receso de la escuela, por ejemplo. Mientras, mi padre consiguió diferentes empleos de bajo perfil, pues el finiquito que le habían otorgado era demasiado bajo, pero entonces demandar a empresas internacionales era una guerra perdida.

Durante esta difícil etapa de mi vida comencé a analizar por qué este país funcionaba de esa manera, junto con lo que las personas comentaban del gran desempleo que se vivía. Tal vez el hecho de pasar por esta experiencia a esa edad y con las experiencias que tenía, ya me habían hecho ser un inconforme con los resultados de los gobiernos en turno, a pesar de nunca haber conocido otro modelo económico. Conforme pasaban los años fui comprendiendo por qué muchos mexicanos le tienen repudio al sector político, porque jamás ningún partido nos representó realmente. El país tocaba cada vez más fondo con el cáncer de la corrupción, que a mi parecer se perpetraba desde las privatizaciones. Pensaba por qué las personas no evitaban estos

saqueos, por qué se permitía y toleraba el robo descarado a la nación. Comprendí que existen diversos factores: el miedo a denunciar los cacicazgos, la apatía, la ignorancia y la desesperanza que se sentía en las personas, por lo que pude ver que el problema era mucho más complejo.

Después de la farsa que representó el cambio de régimen con la entrada de Vicente Fox, muchos mexicanos creyeron en que las cosas serían diferentes, sólo para descubrir que absolutamente todo seguía igual: las mismas injusticias en el poder federal, el avance a los robos de la nación, todo acompañado de una campaña intensa de telemercadeo en las televisoras que gustosas prestaban sus servicios para darnos la imagen de un México unido, cuando investigaciones recientes (como la de Anabel Hernández, en 2019) han revelado vínculos con el narcotráfico.

Sin embargo, México ya estaba listo para el cambio; cada vez más y más personas se organizaban a lo largo del país, a pesar de la imagen opuesta que emanaba desde las televisoras. Fue así que comencé a seguir a alguien que desde mi sentir era un líder con las mismas metas e ideales, con el mismo fin y principios con los que me sentía identificado; pero lo más importante era que sentía que a las personas nos unía a apoyar

al proyecto de nación del licenciado Andrés Manuel López Obrador, un personaje que ya había tenido cargos públicos de gran importancia y que se había desempeñado de forma excelente y honesta, pero lo más sorprendente eran sus ideas, sus propuestas y nunca dudaba en señalar lo que estaba mal.

Pensaba que este personaje ya llevaba mucho tiempo con una lucha a la cual se aferraba con tanta pasión, que no podía ser otra cosa que la sinceridad de otro mexicano más agobiado por los agravios cometidos al pueblo durante todo el devenir del neoliberalismo, que seguramente habría visto a lo largo de su vida. Esa pasión que mostraba me llevó a oír sus discursos, y más allá de eso, quería saber qué representaba, ¿era acaso otro traidor a la nación? Pronto se pudo notar que la gente que estaba a su lado era pueblo, eran personas como yo, que estaban hartos de las injusticias y que distaba mucho de la élite conservadora, que en ese momento estaba impulsando para la sucesión al abogado Felipe Calderón Hinojosa. Desde antes de esa elección me consideraba seguidor de las firmes convicciones del licenciado Andrés Manuel López Obrador, desde ese instante me sentía parte de ese cambio que necesitábamos con urgencia y

pensé: “de ganar Obrador no será como Salinas ni como Fox”.

Sin embargo, Felipe Calderón, en conjunto con el andamiaje que tuvo con medios televisivos y el gobierno en turno, poseía una estrategia para ganar las elecciones a toda costa, por medio de un fraude, para el pesar de los millones de mexicanos que sabíamos que le habían quitado la Presidencia a Andrés Manuel. Por este motivo, miles de personas salieron a las calles a protestar con valentía y sin violencia durante varias semanas, sin embargo, creo que todavía en ese momento la apatía de las personas y la desesperanza permeaba en el país y no permitió que la sociedad se organizara para evitar el robo de las elecciones, y sin saber aún el pueblo de México el baño de sangre que se esperaba con el gobierno entrante.

La guerra que iniciaría Calderón contra el narcotráfico provocó que miles de familias quedaran destrozadas, incompletas y con seres queridos que jamás volvieron a ver. El miedo y el terror ya se había apoderado de todo el país; era común saber de personas desaparecidas, por desgracia todos supimos de un conocido, un amigo o un familiar que de alguna u otra forma salieron afectados ante esa terrible violencia,

la cual escaló sin precedentes, al tiempo que se quitaron más derechos laborales. Justo mi primer trabajo fue por *outsourcing* en la cervecería Moctezuma, sin beneficios por horas extras. Todos estos derechos que alguna vez sirvieron al pueblo se habían perdido durante la Presidencia de Felipe Calderón; sentía una molestia creciente en la población, un hartazgo y una impotencia entre diversos colectivos ante la situación.

A todo mexicano le ha tocado ver a los políticos tradicionales enriquecerse y desligarse del pueblo. Esa forma tan arraigada de hacer política, desde mi punto de vista, logró que los mexicanos consiguiéramos esa cohesión que se necesitaba para sacar a una mafia de los poderes que se encontraba coordinada para privatizar recursos del Estado, parecía una misión imposible. No fue hasta el año 2012 que escuché de una asociación nueva, creada por el propio Andrés Manuel, quien lograría en el 2014 registrarla como un partido político: Morena. Este movimiento, desde su fundación, pretende dejar atrás todos los vicios que se habían ya enquistado en el propio Partido de la Revolución Democrática, PRD, como el sectarismo y en gran medida, actores corruptos que ya se habían logrado infiltrar.

Inmediatamente pensé en ser parte de ese movimiento que no tenía nada que ver con

la clásica imagen política del cacique adinerado que mandaba con arrogancia; ahora ya existía un partido incluyente donde el actor principal era el pueblo, pensé que ya era tiempo de hacer algo para cambiar las cosas. De hecho, busqué en el 2014 quién o cómo podrían ayudarme a participar, pues sólo unas 4 o 5 personas en mi municipio comenzaban a invitar a la sociedad. Así fue como asistí a una pequeña reunión donde me dijeron: “necesitamos jóvenes, únete”. Sentía que podía encajar, primero porque eran las mismas ideas que tenía y que AMLO defendía muy bien, pero con un formato incluyente y participativo. Sabían el dolor de los agravios cometidos a los mexicanos.

Cuando en definitiva decidí unirme fue cuando ahí mismo nos propusieron hacer un mitin en contra del alza de las gasolinas. Llegamos a la cita sólo seis personas, con cartulinas con esta problemática que atañe a todos. Pensé: ¿por qué no hay más personas? Pero lo que estuvo a punto de apagar mi ilusión de militar por las causas justas fue que casi todos los conductores o personas que pasaban nos ignoraban o se burlaban. Inmediatamente me desmoralicé, sentía que nos creían locos o inconformes con la sociedad. Sin embargo, minutos después alguien pasó pitan-

do el claxon en favor y después otros conductores gritaban su apoyo. La verdad a mí ese gesto me dio fuerza para seguir participando en más activismo político desde la perspectiva de este nuevo Movimiento de Regeneración Nacional. Ya estaba decidido, entraría de lleno apoyar al movimiento, cambié mi perfil de vida para participar más en cuestiones pro ambientales y dediqué todo mi tiempo libre a hacer crecer en mi municipio esta nueva esperanza que representa Morena. Llegado el 2018 era el momento en que Andrés Manuel López Obrador tendría para lo que él denominó su tercero y último intento de volver a ganar unas elecciones que anteriormente le habían arrebatado. Pienso que el amor del pueblo por el pueblo logró cambiar realmente el régimen de corrupción tan fuertemente ligado a todas las estructuras gubernamentales. Sin embargo, con la victoria de Andrés Manuel y ahora ya en la Presidencia, no me habría imaginado que se abrirían aún más espacios de lucha y de forma más intensa para recuperar los derechos perdidos, porque los enemigos de la nación no están ni estarán dispuestos a perder los privilegios faraónicos a los que están acostumbrados, pero tampoco nosotros dejaremos de cuidar y de ver por nuestra tierra. Amigos, compañeros,

simpatizantes y militantes, la lucha sigue, si paramos ahora nada tendría razón de ser, conduzcámonos siempre con honestidad y con el interés firme de hacer crecer nuestra patria en grande.



## ANDANZA A LA LIBERTAD

CECILIA SILVIA NAVA GARCÍA

Aquella tarde el aire azotaba las hojas de los árboles; se sentía paz, tranquilidad, las nubes se pintaban de rojo y de violeta, flotaban y jugaban con el cielo que ardía en mil colores; y allá por el fondo, en el otro extremo se asomaba con timidez la noche majestuosa y fría, la luna empezaba a elevarse y las estrellas la adornaban con su brillo.

Por fin estaba ahí en aquel lugar, una casa de interés social, no muy grande, pero llena de esperanza. Se visualizaba desde la calle una estancia llena de sillas de plástico, en la pared se alcanzaban a distinguir unos mapas, dos escritorios, dos computadoras, y en la entrada una mesa con el periódico *Regeneración*. A ese lugar llegaban diferentes personas que tenían algo en común: la ideología de un México justo, estaban citados para una reunión informativa.

Al verme ahí casi todos se acercaron a preguntarme si podían ayudarme, e increíble-

mente me trasmitían su calidez al dirigirse a mí con tanta cortesía; me invitaron a pasar, pero en aquel momento sentí que debía esperar, ya que aún no me había afiliado al partido político, por lo que decidí aguardar a que la reunión terminara. Mientras esperaba, observaba la reacción de los que acudían y me sorprendía ver la empatía que tenían todos, la convicción de sus ideales, su algarabía.

Estuve fuera de la oficina de enlace una hora, por mi mente pasaban muchas preguntas, la principal “¿Qué hago aquí?, este partido político será el correcto?” Sabía que se necesitaba un cambio y yo quería participar para mejorar las condiciones de todos los que vivimos en este maravilloso pero muy lastimado país, vinieron a mi mente tantos eventos injustos que habíamos pasado los mexicanos, tantas mentiras y traiciones de los personajes que con tanto afán nos visitaban en campañas electorales para prometer progreso y cuando estaban ya en los puestos públicos nunca recordaban sus promesas.

Llegó a mi mente la escena por la que supe que había un grupo que, igual que muchos paisanos, soñaba con un país diferente: Morena (Movimiento Regeneración Nacional). Y recordé cuando aquella noche del año 2015, en una

reunión en casa de unas amigas tuve la fortuna de conocer a la que en ese momento era la candidata a diputada por el Distrito V (Poza Rica, Tihuatlán y Coatzintla) y recordaba con cuánta convicción y seguridad me habló de Morena, de sus estatutos, de su ideología, el entusiasmo con el que hablaba de este movimiento y el cambio que proponía a nuestro país. A decir verdad, esa noche mi pensamiento cambió, ya que sus palabras hicieron que despertara en mí un poquito de conciencia, y me quedó muy claro con su explicación, que este cambio no era de la noche a la mañana, pero que si se lograba que poco a poco las y los ciudadanos nos involucráramos, México por fin sería un país diferente para todos. Realmente esas palabras habían logrado que me preguntara en qué había participado para mejorar mi país. Reconozco que nunca participé para mejorar algo de lo que a mí me molestaba; es más, lo tengo que decir, yo no participaba en las votaciones. Las palabras de esa militante joven comprometida con una ideología de cambio y que luchaba por un México distinto, cambiaron mi perspectiva y lograron que me diera cuenta que sólo con lamentaciones no cambiaría nada.

A partir de ese día solía hablar del partido político Movimiento Regeneración Nacional a

quien quisiera escucharme, y por supuesto, mi voto ese año fue para el movimiento. Sin embargo, mi participación era nula, mi empleo era absorbente y no ahondé más en la política.

Se escuchó un estruendo dentro de la casa de enlace, mis recuerdos se fueron y escuché a todos al unísono gritando: “¡Morena, Morena, Morena!” La reunión había terminado, los compañeros empezaron a salir, se les veía contentos, animados. Se acercaron nuevamente varios para decirme que podía entrar, le habían avisado a la coordinadora que estaba esperando afuera y les había dicho que pasara. Agradecí mucho su atención y me encaminé hacia dentro de la oficina de enlace. Con una sonrisa grandísima, un cordial saludo y un vigoroso abrazo me atendió la coordinadora. Por supuesto que ese recibimiento me animó mucho más a pedirle que me permitiera pertenecer al partido, unirme a ellos y trabajar en la campaña electoral 2018. Recuerdo muy bien sus palabras: “este movimiento es de todos y los que quieran sumarse serán siempre bienvenidos”. Me puse a sus órdenes y me dijo: “mañana estaremos en la casa de campaña”. Me proporcionó la dirección, agregando: “nosotros empezamos ya campaña y todos los días estaremos saliendo con las brigadas a visitar todas

las colonias de nuestro distrito; si quieres unirte eres bienvenida”.

La mañana siguiente me levanté muy inquieta, preparé café (ese aroma delicioso inundó mi casa), me serví una taza, prendí un cigarrillo y trataba de imaginar cómo sería mi día. Estaba nerviosa, intrigada, no conocía nada sobre campañas electorales, no tenía idea de qué íbamos a hacer, nunca antes participé, pero sabía que mi presencia sería útil al movimiento. Motivada me apresuré a darme un baño. Bajo la regadera inicié un soliloquio, cuando me di cuenta empecé a reír, ¡estaba tan excitada que yo me decía y me contestaba! Al salir del baño me metí unos pantalones de mezclilla, una playera, tenis... estaba lista para iniciar ese recorrido desconocido, pero que me atraía tanto.

Me encaminé hacia la casa de campaña, al llegar ya estaban algunos compañeros, saludé a todos y me dieron la bienvenida. Ver su disposición, su ánimo, me incentivaba. Aquella casa de campaña era una bodega inmensa que habían dividido con una lona. Pasando la división acondicionaron una cocina, dentro se encontraba una compañera que se había ofrecido a preparar los alimentos para las personas que salían a campaña; del otro lado estaban los baños, y del lado

izquierdo, una oficina de la cual salió momentos después la candidata a la diputación federal. Se dirigió a la brigada para informarnos la colonia que se visitaría ese día. Después de la indicación nos apresuramos a abordar los vehículos que nos llevarían a encontrarnos de frente con todas esas personas a las que deberíamos convencer para que nos favorecieran con su voto. Al subirme al vehículo que nos transportaría inició la música. ¡Increíble!, habían tomado un tema de Juan Gabriel y lo adaptaron para apoyar al movimiento. Me pareció espectacular, era pegajosa y motivaba a bailar, supe que atraeríamos la atención de muchas personas. Montados en los vehículos íbamos con gran pasión, bailando, bromeando, riendo, no imaginaba que pertenecer a este movimiento me haría tener tantas sensaciones (inseguridad, intriga, timidez, emoción, felicidad). Tenía de todo, y yo estaba ahí participando. Había escuchado comentarios como que cuando acompañabas en una campaña política te pagaban; yo estaba feliz, el pago era lo de menos, realmente lo disfrutaba, me sentí muy orgullosa de pertenecer y haberme afiliado a Morena, era muy satisfactorio estar viviendo este proceso, y eso era sólo el principio.

La colonia a la que nos dirigíamos era uno de los fraccionamientos más grandes de este dis-

trito. Estaba tan emocionada y animada, que al llegar al lugar nos bajamos y yo tomé uno de los banderines que llevábamos y me puse a ondearlo en el bulevar del fraccionamiento. Los autos pasaban y yo gritaba: “¡Morena, Morena, Morena!”, y contestaban con el sonido de su claxon, otros hacían señas con las manos. Yo quería que todos me vieran con esa bandera porque sería, a partir de ese día, la que me acompañaría en mis convicciones políticas. Algunos compañeros que me vieron empezaron a sonreír, como gesto de camaradería, todos los que acudimos ese día a la campaña estábamos estimulados y se sentía un ambiente divertido, lleno de buena vibra, repleto de esperanza.

De golpe y porrazo, uno de los coordinadores de campaña se dirigió hacia mí diciendo: “Tú, con la bandera, te vas a ir de avanzada”. ¿Qué? no sabía qué era eso, nunca lo había escuchado; creo que el coordinador se dio cuenta por la cara que puse, porque se acercó y me dijo: “Se trata de que vayas al frente, le hables a las personas y platiques con ellos hasta que la candidata llegue a saludarlos y darles su propuesta”. Mi cara siguió en signo de interrogación, ¿qué les diría, de qué hablaría con ellos? Pero de repente vinieron a mi mente las palabras de

nuestro máximo líder, aquel personaje que sabía comunicarse tan bien con el pueblo: tenía que explicarle a las personas sobre el movimiento y hacerles saber los riesgos de que la derecha continuara con el poder político y tratar de que les interesara el tema para que nos apoyaran con su voto. Yo no sabía mucho, había leído algo así, pero sentí que no sería suficiente para convencer a las personas. Sin embargo, ya estaba ahí; informaría con mucha devoción sobre lo que había leído. Lo haría lo mejor posible, con exactitud, para que votaran por Morena.

Me apresuré a tocar puertas e intentar que las personas salieran para poder hablar con ellas. Toqué en una casa y otra; nadie salía. Fue hasta la tercera que abrieron, inmediatamente le pedí a esa persona que por favor se acercara, a lo lejos se escuchaba la música: “Yo te invito a ti a participar con Morena, hoy todo cambiará. Hay que votar todos juntos, vamos todos con Morena, con Morena, con Morena. Por Morena sí voy a votar”.

Empecé a hablar con esta persona, tartamudeaba, las manos me sudaban, estaba muy nerviosa, pero no dejé de hablar, se había interesado en el tema, me sentí muy satisfecha de haber captado su atención. En ese momento vi

que la candidata caminaba hacia ese domicilio y la presenté, dejándola ahí me retiré del lugar y casi me pongo a saltar de gusto: ¡lo había hecho! Me sentí muy dichosa de que me prometiera que el voto sería para el movimiento.

Me apresuré a tocar a otra casa y volví a repetirlo en varios domicilios. Informé a muchas personas ese día, pero lo que realmente me hacía sentir bien era pensar que podíamos lograr ese cambio tan anhelado por tantos compatriotas, Morena era la opción, no tenía ninguna duda.

Terminamos a las 2 de la tarde, la indicación era regresar a la casa de campaña. A nuestra llegada, la compañera que se había ofrecido a guisar había puesto la mesa y al momento de vernos llegar, ella junto con otros compañeros que no habían salido a campaña se apresuraron a servir la comida. Todos los que habíamos llegado de esa conquista llegamos cansados, con un apetito voraz, y las personas que se habían quedado sabían que era así; era tan significativo el trabajo de nuestra compañera que nos recibía con un plato de comida caliente.

Me di cuenta que todos teníamos una función dentro del partido y abonábamos algo para lograr nuestro objetivo; esa unidad y trabajo en equipo nos haría ser ganadores. Todos

poníamos nuestro esfuerzo y dedicación para que esto se fuera consolidando. La comida era un guisado de pollo en pipián riquísimo, arroz y una fresca y reconfortante agua de limón. Después de tomar un vaso de agua me senté a la mesa con mis compañeros. Todos disfrutamos la comida, nos regocijamos compartiendo nuestras experiencias de esa mañana.

Después tomamos un descanso de 30 minutos y volvimos a treparnos a los vehículos, para que nos transportaran a otra colonia e iniciamos nuevamente nuestra labor. Me tocó nuevamente la avanzada; en esta ocasión ya sabía de qué se trataba. Me adelanté a la caminata de la candidata; esa tarde tuve la fortuna de tocar en los domicilios certeros, donde tocaba salían a atenderme y me daban la oportunidad de hablar con ellos. Hubo muchas personas que conocían el proyecto de nación y lo apoyaban con firmeza; encontré también a quienes no lo conocían, pero me daban la oportunidad de hablarles de lo que yo en ese momento sabía, de algunos planes de nuestro candidato a la Presidencia y me enorgullece decir que fui la primera que les habló del cambio que tendría el país de resultar ganador el licenciado Andrés Manuel López Obrador.

Trabajamos en la campaña hasta las 7 de la noche. Regresamos a la casa de campaña, la

candidata a la diputación nos agradeció a todos los que habíamos participado, nos despedimos y nos citaron al día siguiente a las 9 de la mañana. Me despedí de mis compañeros, llegué a casa agotada de la travesía del día. Sólo pensaba en darme un baño y recostarme. Mis compañeros me seguían sorprendiendo, tenían pila para más, parecía que el día les había resultado corto, seguían con el mismo ánimo de la mañana.

Al día siguiente, como es mi costumbre, al levantarme tomé un café, prendí un cigarrillo y empecé a recapitular lo sucedido la jornada anterior. Realmente mi vida había dado un giro que no había imaginado, me afilié a un partido político y participaba en una campaña electoral, ese cambio me hacía dichosa y no quería parar. El cansancio había sido mucho, caminamos bajo el rayo del sol, nos habíamos quemado la piel, pensaba, pero todo valía la pena por salvar a mi amado México de esos oportunistas que lo tenían secuestrado. Tenía la necesidad de no flaquear y seguir participando activamente en la campaña electoral. Esta vez aportaría algo a mi país, aunque sólo fuera mi cansancio. El reloj marcaba las 8 de la mañana, las piernas me dolían, me quedé un rato más sentada; cuando vi, ya eran ya las 8:20. Me apresuré a bañarme, me vestí, salí rápido; me quedaba poco tiempo.

Llegué a las 9:10, mis compañeros ya estaban arriba de los vehículos. Me apresuré a abordar uno, no sabía qué colonia tocaría visitar. Como el día anterior, todos cantaban, bailaban, estaban felices, me contagiaron su alegría. Llegamos al lugar, esta vez visitamos una comunidad, el sol era candente, no estaban pavimentadas las calles, la tierra se levantaba con nuestra caminata. El coordinador de campaña nos indicó cómo íbamos a trabajar. Empezamos a caminar al paso de la candidata, la música se escuchaba y algunos tarareaban la canción. El sol quemaba nuestra piel, el sudor nos resbalaba hacia los ojos, las playeras se nos pegaban en la espalda.

Por fin a la 1 y media de la tarde terminamos y regresamos a la casa de campaña. Lo mismo que el día anterior, nuestra compañera ya nos esperaba con los alimentos y agua fresca; era confortador compartir el pan y la sal con mis compañeros y escuchar sus vivencias. No era fácil, pero nos animábamos mutuamente. Estábamos empezando, la campaña duraría tres meses.

Al terminar los alimentos descansamos un rato, y por la tarde nos dirigimos hacia otra colonia. Repetimos la fórmula y ese día terminamos a las 6 de la tarde. Llegamos a la casa de campaña y nos despedimos. Nuevamente, yo

estaba rendida. La piel me ardía, creo que la visita a esa comunidad había propiciado que el sol quemara más mi rostro por la tierra que se levantaba. Tomé un baño, me recosté en un sillón, ahí me quedé dormida y desperté hasta el día siguiente.

Cuando desperté me dolía todo, creo que con gusto habría desertado. Sin embargo, abrí la computadora para checar mis correos, eché un vistazo al Internet y no sé por qué, encontré una página donde el licenciado Andrés Manuel López Obrador hablaba del proyecto de nación. Leí con mucha atención todo lo que ahí mencionaba y me di cuenta de que estaba en pañales, no sabía nada. El reloj marcaba las 7 de la mañana, preparé mi taza de café y me quedé fascinada informándome. Cuando me di cuenta eran ya las 8:10, me apresuré para no llegar tarde como el día anterior. En el camino a la casa de campaña, recordaba el proyecto de aquel hombre y confirmaba que era el único que podía hacer algo por el país. Creo que conocer más a fondo ese proyecto había logrado quitarme el dolor de cuerpo, ya no lo sentía.

Cuando llegué a la casa de campaña estaban dando la información de la colonia que visitaríamos; era otra comunidad. Nos subimos a

los vehículos con la música a todo volumen. Algunos carros nos tocaban el claxon y nos aplaudían; otros nos hacían señas obscenas y tocaban el claxon, pero recordándonos a nuestras queridas madres.

Las vivencias a lado de mis compañeros han sido una etapa que no cambiaría; sin embargo, durante los tres meses de la agotadora campaña, confieso que fueron muchos días que no asistí. No estaba acostumbrada a todos esos sacrificios que se vivían día con día, caminar en aquel clima, con ese calor de los mil demonios, cerca de 7 kilómetros diarios, con una sed insoportable, y cuando te llevabas un trago de agua a la boca, sentir que no se quitaba la sed, porque el agua más parecía que estaba lista para preparar un café. El ardor de la piel por las quemaduras producidas por el candente sol de estos lugares, el sudor que recorre toda la piel, el ardor en los ojos cuando te entra tierra... era realmente horroroso.

Recorrer a pie aquellos lugares recónditos en donde no hay ni camino, hay que irlo esculpiendo a nuestro paso, esas comunidades donde las casas están separadas por metros y metros de distancia, en donde volteas, ves un cerro y sólo se observa una casita en lo alto, el lodo de esos municipios abandonados durante años por esos

gobernantes que sólo buscaban enriquecerse y que (se podía observar) nunca habían estado ahí. Lo asumo, todo eso me hizo decir varias veces, “¡no más!”

Todo para mí era sorprendente e increíble; aunque no sabía de campañas políticas, estoy segura de que los otros partidos políticos no han pasado nada de lo que se vive en una campaña de Morena. Me atrevo a afirmar esto porque, en uno de tantos días, recuerdo mucho a un compañero adulto mayor que todos los días llegaba a la casa de campaña montado en su bicicleta, y a la hora de caminar arremetía el paso y nadie lo paraba. Ese día nos tocaba brigadear en el centro, nos instalamos en una esquina. Ofrecíamos calcomanías para autos y hondeábamos las banderas. Llegaron unos compañeros a decirnos que teníamos que movernos y sólo llevaban una camioneta con batea o caja. No todos podíamos ir enfrente, así que algunos nos subimos atrás; él era el último en subir, el compañero que manejaba no se percató y arrancó justo cuando subía y aún no se acomodaba, y se cayó, afortunadamente dentro de la misma caja. Dejó de ir varios días a la brigada, al parecer sufrió una contusión. Como dice el dicho: “No todo fue miel sobre hojuelas”. Las arduas jornadas eran fatigantes, parecía que no

tenían fin. Esos tres meses fueron para mí un cúmulo de sentimientos encontrados; cierto, estaba convencida de que quería participar e inicié con muchas ganas, pero a medida que pasó el tiempo mis fuerzas disminuían.

La campaña electoral fue austera, había dinero sólo para solventar alimentos; la gasolina para los autos que nos transportaban, las playeras, gorras y chalecos que portábamos, cada uno de nosotros las pagaba y, aun con esto, inadmisiblemente nuestro partido político sufría una persecución inusual por parte del Instituto Nacional Electoral (INE), ya que casualmente en todas o en casi todas las colonias que visitábamos aparecía, y a bordo de un vehículo nos montaba guardia; según decían, checaban que no se hicieran gastos excesivos, que no se llevaran tantas banderas, que no regaláramos gorras o playeras, ya que su reglamento no lo permitía y si lo hacíamos, por supuesto nos iban a multar. Contradictorio, ya que recuerdo perfectamente bien una tarde que por coincidencia nos topamos con la brigada del PRD. Los vi regalando gorras, playeras, incluso lapiceros, y como de costumbre, el INE se apareció e increíblemente sólo estuvo detrás de la brigada de Morena; la del PRD no les interesó.

Los días transcurrieron y la brigada seguía de pie, no sé si mis compañeros conservaron siempre ese ánimo firme, pero yo intenté huir. Con todas las vivencias que he mencionado, extenuantes, desoladoras, desesperantes, pero también gratificantes, emocionantes, repletas de esperanza, seguí participando cuando aún faltaba un mes para terminar; mi paso no era el mismo, ya era lento y cuando el rayo del sol azotaba fuerte, sentía que cargaba algo sobre la espalda. No sé cuántas veces mi piel se descarapeló por las quemaduras continuas. Cuando visitábamos un domicilio donde nos cerraban la puerta en la cara, me enojaba, me sentía consternada, mi empuje declinaba. Realmente pude vivir lo que algunos filósofos afirman: “Para pertenecer a un partido político de izquierda como Morena, hay que ser diácono”.



## EL DÍA QUE MORENA LLEGÓ A VERACRUZ PARA QUEDARSE

REBECA A. REYNA AGUIRRE

Fue el domingo 6 de octubre de 2013, amaneció soleado en la ciudad de Xalapa, los pájaros llamados primavera cantaban inflando su pecho amarillo, se veían hermosos a través de mi ventana. Pareciera que la naturaleza presentía la grandeza de ese día. Me desperté emocionada, alegre y optimista (dentro de mí un pensamiento se repetía: “seguro lo lograremos”).

La cita era en el estadio Beto Ávila, conocido como el estadio “Pirata Fuente”, en el puerto de Veracruz. El horario sería de 9 de la mañana a 6 de la tarde.

Teníamos que ir si queríamos registrarnos como miembros militantes del recién nombrado partido Morena. El Instituto Nacional Electoral INE, daría fe de si se reunían las afiliaciones suficientes para que Morena fuera reconocido como partido político en el estado de Veracruz.

Después de desayunar, mi esposo y yo salimos y le hicimos la parada a un taxi. El conductor preguntó “ A dónde van”. Amablemente le contestamos al mismo tiempo “A CAXA” (la central de autobuses de Xalapa). Nos subimos y en 10 minutos llegamos. Nos bajamos rápidamente y nos dirigimos a la fila para comprar los boletos para el camión que iba al puerto de Veracruz (por cierto, estaban baratos y tenían salida cada media hora). Escogimos los asientos 3 y 4 (nos gustan estos lugares porque son amplios, del lado contrario al conductor y podemos ver la carretera).

Ya en el autobús, platicábamos sobre la importancia de este evento: La Asamblea Estatal Constitutiva de Veracruz como requisito del INE para que Morena se constituyera en partido político nacional. Serían dos eventos: por un lado, la afiliación a Morena; y por el otro nuestra asamblea, ya como militantes *morenos*.

Nuestra plática era amena, comentábamos que ese movimiento de lucha por los derechos de los mexicanos tenía que ser partido, sólo así, tendríamos voz en el Congreso. Se crearían leyes justas, se combatiría la corrupción, se buscaría recuperar todo lo que habían robado-ven-dido, México tenía esperanza.

El viaje fue rapidísimo, cuando llegamos a Veracruz era todavía temprano y se sentía un calor agradable. Decidimos tomar un taxi que nos llevara al estadio. Por cierto, nos cobró caro, la distancia era corta y el chofer manejaba como si fuera por herencia.

Llegamos y grande fue nuestra sorpresa al ver que se acercaba al lugar muchísima gente, era verdaderamente un hormiguero de seres humanos, había grandes colas para afiliarse. Nos formamos y notamos a varios trabajadores del INE molestos por ver tanta gente y hacerlos trabajar en domingo; ellos, que estaban al servicio del poder en ese entonces... trabajar, ¡ni de chiste! Nos organizaban para pasar a la mesa en que nos correspondía para firmar la hoja de afiliación.

En la mesa que me tocó había una señorita muy amable, me hizo varias preguntas: la primera, si sabía que ese documento que firmaría era para afiliarme a Morena, como si eso fuera un delito. Le conteste sonriente sí. Luego preguntó que si había estado afiliada a otro partido y con mucho orgullo dije que no. Sabía en mi interior que nunca había decidido afiliarme a otro porque para mí no reunían las características de un partido que pensara en la gente, que fuese

el pueblo el que opinara, participara con conciencia, sin acarreos ni falsas promesas. Morena nació como movimiento de la gente. Se volvería partido por necesidad, para estar en el Congreso de la Unión. No importa que fuera partido, conservarían sus valores, su compromiso y su amor por México y su gente.

La señorita representante del INE me pidió mi credencial de elector y se la di. En ese momento comprendí que una sencilla credencial sería el instrumento más valioso que me permitiría luchar por lo que creo. Un país democrático, justo y en paz.

Mientras ella llenaba la hoja le pregunté si se imaginaban que vendría tanta gente a afiliarse y me contestó que no. Que de último momento tuvieron que llamar a más trabajadores. Terminó de llenar mi hoja y antes de firmar me dijo cuestionándome “nadie la obliga a registrarse”. Y yo con una cara de extrañeza le dije que no, que me afiliaba por conciencia. Me sentí como pavorreal al plasmar mi firma, la hice más grande que de costumbre.

Le pedí una copia de la hoja y me dijo que no se podía, que ya había quedado registrada. Me dio una etiqueta naranja que decía REGISTRADO. Debía pegarla en un lugar visible para

pasar dentro del estadio. Me explicó que eran dos cosas distintas la afiliación, que era allí, y la asamblea, que era dentro.

Ya con mi etiqueta naranja esperé a mi esposo y entramos juntos al estadio. Estaba repleto, gran cantidad de personas de estratos sociales diferentes: campesinos, obreros, maestros, amas de casa, empresarios etc.

Fue muy simbólico todo lo que se estaba viviendo, la alegría que teníamos todos, nos sonreíamos sin conocernos, sabíamos por qué estábamos ahí. Queríamos un cambio, justicia, paz, equidad para México.

Increíble. Era una verbena, bullicio, porras, venta de comida, aguas. Recuerdo haber comido unos chicharrones con chile y limón, deliciosos.

De pronto por el altavoz del estadio se oyó una voz que dijo: "Compañeros, lo logramos. Rebasamos el número de afiliaciones que pedía el INE para ser partido en Veracruz". Todos nos pusimos de pie, gritando: "¡Sí se pudo, sí se pudo!" ...y hubiéramos seguido.

En eso anunciaron que hablaría Andrés Manuel López Obrador. Todos aplaudíamos y gritábamos: "¡Sí se pudo!, ¡Lo logramos! ¡Es un honor estar con Obrador!" Empezó a hablar, es

indescriptible la sensación en la piel al escucharlo, cómo motiva, cómo da esperanza sobre cómo podemos transformar al país.

Volteé y a un lado, dos filas abajo, a mi izquierda, estaba un campesino con su sombrero roto, su ropa humilde y sus huaraches gastados. Observé su mirada llena de esperanza, de fe. Pensé: “Somos todos iguales, todos los que estamos aquí deseamos y queremos lo mismo”.

AMLO dijo que haríamos historia, que éramos los protagonistas del cambio verdadero y todo lo que representa: vivir en valores, primero los más necesitados, combatir la corrupción, amar a México. Era un gran compromiso, cuando puse mi firma en la hoja de afiliación, supe que ya era parte de mi vida.

Al finalizar el evento todos salimos contentos, en orden, para festejar mi esposo y yo comimos unos ricos camarones. Y unas aguas de horchata.

Ese día quedó grabado en la historia de mi vida. Soy por conciencia y convicción, orgullosamente Morena. Mi corazón me dijo: **“Morena llegó a Veracruz para quedarse”**.





## ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b> .....	5
<b>PRÓLOGO</b> .....	7
<b>TRAS LOS PASOS DE LÓPEZ</b>	
ARMANDO BARTRA.....	11
<b>INUNDACIONES, PROMOCIÓN DE IMAGEN</b>	
ARHELY CUESTA.....	25
<b>MI LLAMADO, MI CONVERSIÓN</b>	
DÉBORA EUNICE DÍAZ GARCÍA.....	35
<b>TODO AL TIEMPO, Y AL TIEMPO TODO: CRÓNICA DE UNA LUCHA DE ESPERANZA QUE TRASCIENDE</b>	
JESÚS GALVÁN SANTIAGO.....	57
<b>CRÓNICA DE UNA VICTORIA ANUNCIADA</b>	
JOSÉ JESÚS GARCÍA CRUZ.....	71
<b>ES UN HONOR ESTAR CON OBRADOR</b>	
GLORIA ZORALLA HERNÁNDEZ LONDOÑO.....	85
<b>MI PROBLEMA CON EL NEOLIBERALISMO</b>	
JORGE RAÚL MENDOZA NAVARRO.....	95
<b>ANDANZA A LA LIBERTAD</b>	
CECILIA SILVIA NAVA GARCÍA.....	109
<b>EL DÍA QUE MORENA LLEGÓ A VERACRUZ PARA QUEDARSE</b>	
REBECA A. REYNA AGUIRRE.....	127



## SEMBLANZAS

### **ARMANDO BARTRA**

Tiene estudios en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue profesor en la Facultad de Economía y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la UNAM. De 1983 a 2007 fungió como director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural MayaAC. En 2011 recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina. Es autor de 30 libros aproximadamente y cerca de 300 artículos periodísticos, de análisis y divulgación. Actualmente es profesor-investigador, en la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Xochimilco (desde marzo de 2007), en la Licenciatura en Sociología y el Posgrado en Desarrollo Rural.

### **CECILIA SILVIA NAVA GARCÍA**

Nace el 22 de noviembre de 1964, en la Ciudad de México. Licenciada en Derecho por la Universidad de Guadalajara, siempre estuvo interesada en participar en las causas sociales. Fue voluntaria en un asilo de niños huérfanos que dirigía la iglesia de Fá-

tima, en Atizapán de Zaragoza, Estado de México, hasta sus 30 años. En 2018 colabora en la instalación y administración de una casa de descanso para familiares de los pacientes del Hospital Regional de Poza Rica de Hidalgo, Veracruz. Ese mismo año se incorpora a las filas de Morena como militante del partido, también participa en la campaña de Andrés Manuel López Obrador en 2018. En 2019 asiste al encuentro de Formación de Formadores en la Ciudad de Xalapa. Actualmente colabora con el Instituto de Formación Política de Veracruz, como facilitadora en los Círculos de Estudios del Distrito V, con sede en Poza Rica. Trabaja con Liverpool México como representante legal desde el año 2004 hasta la actualidad.

### **JORGE RAÚL MENDOZA NAVARRO**

Originario de Camerino Z. Mendoza, Veracruz. Ingeniero en Sistemas, con maestría en Tecnologías de la Información. Actualmente cursa el doctorado en Educación, después de participar en el desarrollo de plataformas digitales para la preservación de archivos históricos y para el desarrollo socioemocional en estudiantes de nivel primaria. Ha seguido la trayectoria del Movimiento de Regeneración desde el 2011, se integró a un comité seccional en 2016. En su activismo en Morena, ha participado en la entrega del periódico *Regeneración*, ha promovido el cuidado de los bienes naturales de la nación, ha sido pro-

motor de la lucha contra la fracturación hidráulica (fracking) 2016-2019, fue promotor del voto y representante de sasilla en julio 2018, ha participado en la lucha de los derechos de la comunidad LGBT en Morena Diversidad Sexual desde 2020. Actualmente, participa en el Instituto Nacional de Formación Política de Morena, siempre bajos los principios que rigen nuestra convicción política: no robar, no mentir y no traicionar al pueblo.

### **GLORIA ZORALLA HERNÁNDEZ LONDOÑO**

Nacida y criada en el municipio de Aguadas, Caldas, Colombia. Un municipio distante alojado en lo más alto de las montañas de la Cordillera Central colombiana que, por su situación geográfica, se encuentra apartado de otros centros urbanos, lo que fue determinante para forjar un carácter rebelde y curioso que le ha llevado a cuestionar la vida en todos los aspectos. En 2002 llega a México y desde entonces comenzó a laborar primero en la iniciativa privada y actualmente en el sector público. Siempre se ha identificado políticamente con la izquierda progresista, de acción más que de palabras, y de trabajo directo con las personas, razón por la cual participa en movimientos sociales estatales y nacionales. En 2006 participó en las marchas de protesta en contra del fraude de la elección presidencial. En las elecciones del año 2012 participó en la vigilancia de casillas y a partir de

2015 se integró formalmente a Morena, participando activamente en los procesos electorales, desde vigilancia de casillas hasta el apoyo operativo en la campaña para la diputación local del Distrito 11.

### **ARHEL Y CUESTA BRIONES**

Ingeniera en Sistemas Computacionales. Egresada del ITESM Campus Guadalajara en el año 2000. La mayor de 3 hermanos. De padre ingeniero eléctrico y madre normalista. De su padre hereda la pasión por la lectura y el estudio de las ciencias exactas, de su madre, el amor a los gatos y a la comida casera. Al término de sus estudios profesionales, regresó a la casa paterna e ingresó al servicio público, en la Comisión del Agua del Estado, en la oficina operadora de Minatitlán, en donde laboró por 15 años, desempeñando diversas funciones. Su afiliación a Morena se da en el año 2017, cuando es invitada a formar parte del comité de protagonistas por el cambio verdadero de su sección electoral y posteriormente, a un equipo de trabajo, que se reunía de manera regular para llevar a cabo sesiones de estudio, análisis de coyuntura y de la situación política del municipio, estado y país en general. Se desempeña en la docencia por un tiempo. Actualmente forma parte de la Red Nacional de Círculos de Estudio en el estado de Veracruz, así como en el Frente Amplio de Círculos de Estudio y en la Escuela de Formación Política, del mismo instituto.

## **DÉBORA EUNICE DÍAZ GARCÍA**

Nació en Ciudad Victoria, Tamaulipas. Radicada en Poza Rica, Veracruz, desde 1978. Debido a su inquietud por la lucha de las causas justas y del bien común, estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Veracruzana, a través del sistema abierto, en Poza Rica, Veracruz, de 1993 a 1997. También hizo una maestría en Derecho Privado, impartida por la Universidad Iberoamericana Campus Puebla. Dentro de los ejercicios de su profesión, laboró en la Comisión Estatal de Derechos Humanos, de 1999 a 2001, encargada de levantar las diversas quejas de los internos en los reclusorios de la zona norte del estado de Veracruz. Colaboró en la fundación de la casa de descanso donde se alberga a personas de escasos recursos que cuidan a sus enfermos en el Hospital Regional de Poza Rica. Tuvo los primeros acercamientos con Morena en el año 2015, partido en el que se integró en el año 2018, para la defensa del voto. Participó en los encuentros de Formación de Formadores del Instituto de Formación Política de Veracruz, y en la actualidad colabora con los Círculos de Estudios de su distrito, visitando comunidades y zonas urbanas con la finalidad de seguir luchando en el despertar de las conciencias.

### **JOSÉ JESÚS GARCÍA CRUZ**

Activista social, ingeniero químico por la Universidad Veracruzana. Juarista, villista, zapatista y marxista, es militante fundador del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). De 2013 a 2015 fue secretario del Comité Municipal de Morena Poza Rica. Actualmente es director de Protección Civil de Poza Rica, en 2020 gana el galardón Venustiano Carranza a las Buenas Prácticas Municipales.

### **JESÚS GALVÁN SANTIAGO**

Nace en Poza Rica, Veracruz, el 24 de julio de 1982. Desde niño, muy inquieto siempre en busca de retos de todo tipo. Fue un joven muy apegado a lo religioso y formado en valores de ayuda al prójimo. Es licenciado en Educación Primaria. Destinado por herencia, pero con una pasión muy definida hacia la danza y la instrucción del deporte, con ambos perfiles siempre peleados entre sí, pero casados por más de once años, hasta que la pasión se impuso en sólo una actividad laboral. Padre por vocación de dos niñas y un niño; terco en sus objetivos y de mucha actividad cerebral, siempre pensando en algo, con cierta dificultad para concentrarse en los temas o actividades que no son de su interés, apasionado para el debate, hombre de izquierda y admirador del presidente Juárez y los caudillos de esa etapa.

## **REBECA ARACELI REYNA AGUIRRE**

Profesora de profesión, Morena por convicción. Mujer comprometida con la defensa de lo justo, correcto y digno; alegre, asertiva, propositiva, creativa y valiente. Realizó sus estudios en la Benemérita Escuela Nacional de Maestros y en la Universidad Pedagógica Nacional. Trabajó frente a grupos por 33 años, cinco de ellos como directora de primaria. Morena fue el primer partido al que se afilió y participó su Primer Encuentro de Oratoria de Morena, obteniendo el segundo lugar a nivel estatal. Cantó en la Plaza Regina la canción *El corrido del 18 de Marzo* en una manifestación de militantes por la defensa del petróleo. Apoyó la defensa contra el desafuero de Andrés Manuel López Obrador en el Zócalo de la Ciudad de México. Ha participado en diferentes manifestaciones por los derechos humanos. Se ha desempeñado como observadora electoral, representante de casilla y representante general. Forma parte de la Brigada de la Indignación a la Acción. Le apasiona defender en redes sociales y en cualquier lugar los principios, valores y logros de Morena y la 4T.



### **Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:**

1. **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
2. **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
3. **Jesús María Rangel y el magonismo armado,**  
de José C. Valadés.
4. **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
5. **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
6. **San Ecatepec de los obreros,**  
de Jorge Belarmino Fernández.
7. **La educación francesa se disputa en las calles,**  
de Santiago Flores.
8. **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
9. **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya  
de Yucatán,** de Armando Bartra.
10. **La lucha contra los gringos: 1847,**  
de Jorge Belarmino Fernández.

11. **Ciudad quebrada**, de Humberto Musacchio.
12. **Testimonios del 68**. Antología literaria.
13. **De los cuates pa' la raza**. Antología literaria.
14. **Pancho Villa en Torreón**, de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. **Villa y Zapata**, de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
17. **La oveja negra**, de Armando Bartra.
18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de varios autores.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
24. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
25. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
26. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.

27. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía.**  
Varios autores.
28. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México.** Antología literaria.
29. **De los cuates pa' la raza 2.** Antología literaria.
30. **El exilio rojo.** Antología literaria.
31. **Siembra de concreto, cosecha de ira,**  
de Luis Hernández Navarro.
32. **El Retorno,** de Roberto Rico Ramírez.
33. **Irapuato mi amor,** de Paco Ignacio Taibo II.
34. **López Obrador: los comienzos,** de Paco Ignacio Taibo II.
35. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto,**  
de Emilio Carballido.
36. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20,**  
de Mario Gill.
37. **¿Por qué votar por AMLO?,** de Guillermo Zamora.
38. **El desafuero: la gran ignominia,** de Héctor Díaz Polanco.
39. **Las muertes de Aurora,** de Gerardo de la Torre.
40. **Si Villa viviera con López anduviera,**  
de Paco Ignacio Taibo II.
41. **Emiliano y Pancho,** de Pedro Salmerón.
42. **La chispa,** de Pedro Moctezuma.
43. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc.** Antología literaria.
44. **El bardo y el bandolero,** de Jacinto Barrera Bassols.

45. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
46. **Antología Literaria I ADO**. Varios autores.
47. **Antología Literaria II ADO**. Varios autores.
48. **Antología Literaria III ADO**. Varios autores.
49. **Antología Literaria IV ADO**. Varios autores.
50. **Todos somos migrantes**. Varios autores.
51. **Guevara historia**, de Carlos Soria Galvarro.
52. **Vagando entre sombras y otras historias**,  
de Guillermo Fabela.
53. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
54. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
55. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
57. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
58. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
59. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de  
poesía para resistentes**. Varios autores.
60. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
61. **Tres años leyendo en libertad**. Antología literaria.
62. **El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
63. **El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
64. **Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
65. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y  
desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
66. **Sin novedad en el frente**, de Erich Maria Remarque.

67. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
68. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
69. **La revolución de los pintos**, de Jorge B. Fernández.
70. **Memorias de la lucha sandinista Tomo I**, de Mónica Baltodano (no descargable).
71. **Memorias de la lucha sandinista Tomo II**, de Mónica Baltodano (no descargable).
72. **Memorias de la lucha sandinista Tomo III**, de Mónica Baltodano (no descargable).
73. **Memorias de la lucha sandinista Tomo IV**, de Mónica Baltodano (no descargable).
74. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
75. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
76. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
77. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
78. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
79. **Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
80. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.
81. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Antología.

82. **Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
83. **En un descuido de lo imposible,** de Enrique González Rojo.
84. **Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
85. **Memorias Chilenas 1973,** de Marc Cooper.
86. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado.**  
Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
87. **Lázaro Cárdenas: el poder moral,** de José C. Valadés.
88. **Canek,** de Ermilo Abreu.
89. **La línea dura,** de Gerardo de la Torre.
90. **San Isidro futbol,** de Pino Cacucci.
91. **Niña Mar,** de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
92. **Otras historias.** Antología.
93. **Tierra de Coyote.** Antología.
94. **El muro y el machete,** de Paco Ignacio Taibo II.
95. **Antología Literaria 2a feria en Neza.** Varios autores.
96. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana,**  
de Pedro Salmerón.
97. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX,**  
de Paco Ignacio Taibo II.
98. **Topolobampo,** de José C. Valadés.
99. **De golpe.** Antología.
100. **Sobre la luz. Poesía militante,** de Óscar de Pablo.
101. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas,** de Luis Hernández Navarro.

102. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
103. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
104. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**,  
de Jesús Vargas Valdés.
105. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**,  
de Patricia Galeana.
106. **Espartaco**, de Howard Fast.
107. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1)**.  
Antología literaria.
108. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2)**.  
Antología literaria.
109. **Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
110. **Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
111. **Vietnam heroica**. Varios autores.
112. **Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).
113. **Cananea**, de Arturo Cano.
114. **Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
115. **Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
116. **La descendencia del mayor Julio Novoa**,  
de Gerardo de la Torre.
117. **Otras miradas**. Varios autores.
118. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
119. **No sabe a mermelada**, de Carlos Ímaz.
120. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México  
1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.

121. **Ciudad Cenxontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
122. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
123. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
124. **El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
125. **Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable).
126. **Tierra negra 2**. Cómic (no descargable).
127. **El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
128. **Julio César Mondragón**. Varios autores.
129. **Abrapalabra**, de Luis Britto.
130. **Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
131. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
132. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
133. **Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
134. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
135. **La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
136. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
137. **El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.
138. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
139. **El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
140. **El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
141. **La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.

142. **Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
143. **Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
144. **La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
145. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
146. **La novena ola magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
147. **Banana Gold**, de Carleton Beals.
148. **Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
149. **La jungla**, de Upton Sinclair.
150. **La huelga que vivimos**, de Francisco Pérez Arce.
151. **Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
152. **Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
153. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle (no descargable).
154. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez (no descargable).
155. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
156. **Una latinoamericana forma de morir**.  
Varios autores.
157. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
158. **Biografía del Che**, de Paco Ignacio Taibo II  
(no descargable).
159. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
160. **CEU**, de Martí Batres.
161. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.

162. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
163. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
164. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.
165. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
166. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
167. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
168. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
169. **Antología de cuentos**, de Raúl Argemí.
170. **Benita**, de Benita Galeana.
171. **Antología de cuentos**, de Juan M. Aguilera y Luis Britto.
172. **La ciudad, la otra**, de Raúl Bautista González .
173. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
174. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
175. **1905**, de León Trotsky.
176. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
177. **¿Qué hacer antes y después del sismo?**
178. **Romper el silencio**. Varios autores.
179. **Break the silence**. Varios autores.
180. **Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
181. **Los que deben morir**, de F. Mond.
182. **La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.

183. **Para fechas vacías que veremos arder,**  
de Roberto Fernández Retamar.
184. **Allá en la nopalera,** de Carlos Ímaz.
185. **Historias sorprendentes.** Varios autores.
186. **La revolución magonista. Cronología narrativa,**  
de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
187. **Las bolcheviques,** de Óscar de Pablo.
188. **Cartucho,** de Nellie Campobello.
189. **Cuadernos desde la cárcel,** de Ho Chi Minh.
190. **La frontera,** de Patrick Bard.
191. **La Gran Revolución Francesa (Tomo I),** de Piotr Kropotkin.
192. **La Gran Revolución Francesa (Tomo 2),** de Piotr Kropotkin.
193. **No digas que es prieto, di que está mal envuelto,**  
de Fabrizio Mejía Madrid.
194. **El voto fue unánime: estábamos por la utopía.**  
**Memorias del 68,** de Tariq Ali.
195. **Vidas exageradas,** de José Manuel Fajardo.
196. **La desaparición de la nieve,** de Manuel Rivas.
197. **Derrotas que hacen historia. La Comuna de París,**  
de Armando Bartra.
198. **Los nuevos herederos de Zapata,** de Armando Bartra.
199. **Aquí manda la escoba,** de Óscar de Pablo.
200. **Tony Guiteras,** de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
201. **En la guerra de España,** de André Malraux.

202. **Las nuevas luchas campesinas**, de Armando Bartra.
203. **Su hogar es el mundo entero**, de Óscar de Pablo.
204. **Nuestro Gato Culto**, de Paco Ignacio Taibo I.
205. **Tina Modotti**, de Ángel de la Calle (no descargable).
206. **El principio, los primeros cuatro meses**,  
de Armando Bartra.
207. **Una juventud en Alemania**, de Ernst Toller.
208. **Consuelo Uranga. La Roja**, de Jesús Vargas.
209. **Los peligros profesionales del poder**, de Kristian Rakovsky.
210. **Mujeres zapatistas. La otra cara de la Revolución**,  
de Angélica Noemí Juárez Pérez y Miguel Á. Ramírez Jahuey.
211. **Fátima**, de Jürgen Alberts.
212. **Entre amigos, antología literaria**. Varios autores.
213. **No hay nada más asombroso que la verdad**. Varios autores.
214. **La participación de Israel en la militarización de México**.  
Varios autores.
215. **Hacia una nueva cartilla ético-política**, de Enrique Dussel.
216. **Un año ya y la cuarta va**, de Armando Bartra.
217. **La conquista de México**, de Vicente Riva Palacio  
y Manuel Payno.
218. **Crónicas contra la indiferencia**, de Giovanni Porzio.
219. **Desde el corazón de la montaña**, de Luis Hernández Navarro y Abel Jesús Barrera Hernández.
220. **Vigilia Lula Libre. Un movimiento de resistencia y  
solidaridad**, de Áurea Lopes.

221. **El secreto en mi jardín**, de Fermín Goñi.
222. **Apuntes para mis hijos**, de Benito Juárez.
223. **Un útero es del tamaño de un puño**, de Angélica Freitas.
224. **Feminismo, socialismo y revolución**,  
de Alexandra Kollontái.
225. **Las sendas abiertas de América Latina**. Varios autores.
226. **La cruel pedagogía del virus**,  
de Boaventura de Sousa Santos.
227. **Razones para ser anticapitalista**, de David Harvey.
228. **La decena ilustrada** (novela gráfica), de Omar Martínez.
229. **Colosio: sospechosos e incubridores**, de Cuauhtémoc Ruiz.
230. **Marx 200 años: presente, pasado y futuro**. Varios autores.
231. **Hilo negro. Mujeres y Revolución en el Partido Liberal Mexicano**, de Yelitza Ruiz.
232. **Introducción a la economía marxista. ¿Tienes el valor o te vale?**, de Óscar de Pablo.
233. **Howard Fast en México y dos cuentos**, de Howard Fast.
234. **Leona Vicario. Hasta el último suplicio**,  
de Angélica Noemí Juárez Pérez.
235. **Sterling Hayden El Largo Camino Del Retorno**,  
de Paco Ignacio Taíbo II.
236. **Llegó el coronavirus y mandó parar todo. Apuntes desde el encierro, la 4T en el año de la pandemia**, de Armando Bartra.
237. **Docentes de a pie. Enseñar en la pandemia**, de Daliri Oropeza.

**238. La guerra sucia en el magisterio. Biografía de Misael**

**Núñez Acosta**, de Luis Hernández Navarro.

**239. La esperanza camina. Crónicas de la Cuarta**

**Transformación en Veracruz.** Varios autores.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**



Ésta es una publicación del **Instituto de Formación Política Morena Veracruz** y **Para Leer en Libertad**, en el marco del Primer Concurso de Crónica “La esperanza camina. Crónicas de la Cuarta Transformación en Veracruz”.

Todos los derechos reservados.

México 2021.